

CIVILIZACIÓN Ó SALVAJISMO



UDÁIS aún, amigo mío, de que la tan decantada civilización moderna va ya resultando una innegable forma, más ó menos culta, de la antigua barbarie?

—¿Barbarie?

—Así lo proclama á cañonazos

la guerra europea, para que se enteren hasta los sordos.

En el vértigo de su orgulloso poder material han querido prescindir las naciones modernas de lo verdaderamente imprescindible, de Dios y de su santa Ley; proscibieron en mal hora de sus leyes, de sus costumbres, de su vida pública y privada, toda idea religiosa, única garantía de paz y de progreso; arrojaron vilmente á Dios de sus escuelas, de sus Asilos y tribunales, de su mismo templo, por medio de las más tiránicas leyes de persecución, y así entregados los hombres al exclusivo amor de las riquezas, de los placeres y de las ambiciones de la tierra: sin fe, sin autoridad, sin moral, en una palabra, sin la civilizadora influencia de Cristo, no han podido resistir al fatal é indefectible retroceso á lo que eran antes de Cristo, es decir, paganos, salvajes.

¿Qué otra cosa que el colmo de la barbarie fué sino arrojar en nombre de la libertad, á ciudadanos pacíficos por el solo delito de consagrarse al bien del pueblo, al declararse el Estado francés neutro en Religión, es decir, oficialmente salvaje?

¿Merece acaso otro nombre que el de vergonzosa esclavitud, mucho más vergonzosa que la africana, el humillante trato dado por la pérfida Albión á los pobres, á los desheredados, á sus mismas colonias, por el solo derecho del más fuerte, *quia nominor leo?*

¿Recordáis otro fruto de la suprema ciencia ger-

mánica que los amarguísimos de la doctrina de sus filósofos, que ha envenenado á toda la Europa, ó los sangrientos de las terribles máquinas de destrucción que baten el *record* en la explosión de odio á que asistimos estremecidos?

Es necesario tener vendados los ojos por la pasión más insensata, para no ver claramente, á través de la civilización material, que la guerra europea está providencialmente liquidando el bajo fondo de podredumbre á que llegan los pueblos cuando prescinden, ó mejor, quieren prescindir de Dios, el despotismo, la prostitución, el infanticidio, el malthusianismo, la pornografía, en una palabra, la barbarie moral que en los campos de batalla se está actualmente declarando impotente para garantir el pacífico disfrute de su mutilado progreso, invadiendo pacíficos territorios, saqueando viviendas, martirizando mujeres, niños y sacerdotes, destruyendo, cual nuevos bárbaros, los monumentos de la Religión y del arte, y sacrificando millares de víctimas al orgullo nacional, ni más ni menos que pudieran hacerlo los más auténticos salvajes.

Sí, amigo mío, asistimos, no lo dudéis, á la bancarrota de la civilización sin Dios, al público y terrible desenmascaramiento de un falso progreso que si ha podido hasta ahora esconderse bajo el disfraz de impía cultura, al fin ha llegado el plazo de la justicia divina, no le queda á estas horas otro recurso que declararse convicto y confeso del más vergonzoso paganismo.

Ojead sino la prensa de cada día con la relación horripilante de víctimas y catástrofes, repasad después estas hermosas páginas de LAS MISIONES CATÓLICAS, donde tantas consoladoras impresiones se recogen de la fe, la piedad y las virtudes de los pobres infieles, y decidme con la mano en el corazón quiénes son los civilizados y quiénes los salvajes.

P. P.

ASIA.—INDIA INGLESA (MISIONES CARMELITANAS)

La mies abunda...

MIES abundante y á punto de madurez, sazónada bajo el influjo del sol de la divina gracia, esperando tan sólo operarios que la recojan y depositen en los graneros de la Iglesia Católica, cubre los fértiles campos de la Misión Carmelitana de Verapoly en el Indostán.

Los Hijos de Santa Teresa, que de su Madre han heredado el celo apostólico por la conversión de las almas, han cultivado por muchos años estos campos, regándoles con el sudor de sus rostros, abonándoles con la caridad de sus pechos, dedicando á su cuidado todas las energías de su espíritu, sin regatear sacrificios, penalidades, privaciones, en las que este trabajo es pródigo. La mies ha madurado ya: la cosecha es rica. La semilla de la palabra divina, sembrada por estos apóstoles celosos, ha prendido en el alma de numerosas masas de paganos: el sol de la verdad la ha fecundado; y el fuego del amor divino, el amor del único bien que no perece, la ha convertido en doradas espigas de fervientes deseos por obtener el único medio de salvación eterna, la filiación divina por medio del bautismo.

Cada uno de los últimos años hemos tenido la dicha de recoger rica mies de estas espigas, y entrarla en las trojes de la Iglesia Católica: de regenerar en las aguas del bautismo cientos de familias de estos pobres paganos, restando en esta región el número de adoradores del demonio, y aumentando progresivamente el número de hijos de Dios.

Pasando por alto las conversiones numerosas obtenidas en los lugares donde ya se tenían establecidas cristiandades, me detendré hoy en hacer mención sólo de algunos de los nuevos campos que el año pasado empezaron á producir copiosos frutos de bendición.

Uno fué Vettumughelil. En alas de los vientos una parte de la semilla evangélica que en estos distritos se sembraba por nuestros celosos Misioneros, fué llevada allí, y cayó en el alma anhelante de pobres pulayas que no poseían más que una herencia de degradación secular, de miseria, de ignorancia y de diabólicas supersticiones. Oyeron ellos que otros individuos de su misma casta, muchos en número, habían encontrado un Dios bueno—ellos que siempre habían gemido bajo las tiranías insoportables de un espíritu maléfico, del genio del mal:—que vivían dichosos bajo la guía y cuidado paternal de un Misionero de Europa,—ellos á quienes todos los hombres de casta superior habían siempre despreciado y oprimido:—que ejercían una religión muy bella,—con cánticos suaves, con música melodiosa, en iglesias adornadas de luces y flores,—ellos que no habían tenido otro culto que en cavernas lúgubres, entre las tinieblas de la noche, sin otro concierto que estruendo y alaridos que se mezclaban con el fragor de los truenos y el rugido de las bestias.—Y los pobres

pulayas de Vettumughelil quisieron ser como los pulayas de sus contornos. Y una vez y otra y muchas vinieron á aquel Misionero que había operado cambio tan prodigioso en numerosos pulayas de aquel distrito; pero el Misionero les contestaba siempre: «Orad y esperad; al presente no tengo medios para hacer entre vosotros lo que entre vuestros compañeros se ha hecho; esperad.» Pero siempre era la misma palabra: *esperad*. Y ellos, impacientes, anhelantes, se dirigieron más tarde al mismo señor Arzobispo y le expusieron sus anhelos. Pero el Sr. Arzobispo les respondió lo mismo: «Esperad, más adelante será.»

El año pasado me encontraba yo en Europa: había ido allí para abogar por estos mismos pobres pulayas, para llamar á las puertas de la caridad cristiana en favor de estos infelices que pedían instrucción, que pedían bautismo, que querían una escuela, que querían una iglesia. Un día, cuando me disponía á hablar una vez más en favor de estas obras recibí una carta del Sr. Arzobispo de esta Misión, en que á la letra me decía: «Recibido el primer socorro con que las almas buenas de España, movidas por la palabra de V. R., vienen en ayuda nuestra, escribí al R. P. Buenaventura (encargado de aquel distrito) que podía proceder á recibir al santo bautismo á los pobres paganos pulayas de Vettumughelil, que hace tanto tiempo pedían ser instruidos en la Religión y bautizados, pero á cuyos deseos no se podía acceder por falta absoluta de medios en la Misión. Ellos, fieles á sus primeros ruegos y á la gracia de Dios, vinieron en seguida en número de 213 á ser instruidos, y hace diez días fueron todos ellos bautizados: y ahora otros 200 han venido allí mismo, en seguida del bautismo de los primeros, y están recibiendo instrucción, y para cuando esta carta llegue á V. R. estarán ya probablemente bautizados. Me escribía el P. Buenaventura—continuaba la carta del señor Arzobispo—que el día que los primeros doscientos y pico entraron en la iglesia para ser bautizados, de dos en dos, en silencio y con gran devoción, tuvo que esforzarse para no llorar allí mismo al presenciar tan tierna escena; y lo mismo pasó á los otros dos Padres que allí presentes estaban. Sea Dios alabado por siempre, amén. ¡Oh, cuántos aquí—terminaba la carta—podrían ponerse en el camino de la santa Religión y del cielo, si los que tienen la dicha de ser hijos de Dios y de la Santa Iglesia comprendieran lo que su caridad y generosidad puede hacer para extender su dicha á los que aún no la tienen!» Excuso decir que esta carta me dió hecho el sermón de aquel día.

La cosecha de Vettumughelil continuó, y en poco tiempo el celoso Misionero reunió allí una cristiandad de 734 pulayas convertidos.

Pero la semilla está muy extendida: apenas hay lugar en el dilatado campo, que se extiende cuanto la

vista puede abrazar, que no nos brinde con espigas granadas y maduras. Apenas formada la cristiandad de Vettumughelil, vinieron los pulayas de Ettumahur con iguales ruegos, con iguales instancias. En el mes de Julio último se bautizaron de ellos 198, é inmediatamente se presentaron 300 más solicitando la misma gracia. Su preparación é instrucción debía haber empezado en el mes de Agosto. Pero he aquí que de repente sobre esos campos cubiertos de mies se cierne, cual nube negra, la sombra infausta de la guerra europea.

¿Qué significa la guerra europea para estas Misiones? ¿Qué efectos puede producir para la obra de la conver-

pedir é instar al Dios de la misericordia la cesación de ese azote terrible de la guerra que al castigar á naciones delincuentes, aflige con el mismo golpe á tantas almas inocentes; voces de súplica de numerosos neófitos que se ven sin templo donde cumplir los deberes de la Religión divina que hace poco abrazaron: que se ven sin escuelas donde educar en los preceptos de esa misma Religión á sus hijos que han de formar las generaciones cristianas de mañana; voces de súplica de infelices huérfanos que no han conocido padre, ó á quienes sus padres, sin entrañas de tales, han abandonado en el arroyo de la calle, y cuyo único refugio sería el asilo



ISLA FORMOSA (JAPÓN).—JÓVENES DE LA TRIBU AMI, DISPUESTAS PARA EL BAILE.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. José M.^a Alvarez, O. P., prefecto apostólico

sión de estas pobres gentes? La guerra europea, que significa ruina y devastación para Europa, produce, ha producido ya, como consecuencia, la cesación de las limosnas de Europa en favor de estas obras, el agotamiento de esa fuente que la caridad cristiana tenía abierta para socorrer las necesidades apremiantes de la evangelización de estos países infieles. De las regiones envueltas en la guerra nada podemos esperar. Pero hay aún regiones á las que afortunadamente no ha llegado el azote actual de la guerra. A las almas caritativas que viven en esas afortunadas regiones van las voces de súplica de estas Misiones, las voces de súplica de miles de pobres paganos que quieren convertirse, y en la misma Iglesia, Una, Santa, Católica, la única verdadera, unir sus ruegos á los ruegos de 300 millones de católicos esparcidos por el mundo, para

del Misionero; voces de súplica de esos mismos Misioneros, sin otra morada que una cabaña de paja, por todas partes abierta á la intemperie, desde la cual con alma angustiada contemplan la mies espiritual en los campos á su alrededor expuesta á malograrse para siempre; voces de súplica del Divino Salvador Cristo Jesús que, señalando esos campos inmensos, os dice á vosotros, piadosos lectores: la mies es copiosa, pero, ¿cómo y por quién se recogerá?

Dirige la vista de tu espíritu, lector amado, á esos campos y á esa mies: ¡cuán buena porción de ella pudieras tú recoger...!

FR. ANGEL MARÍA, C. D.,
Mis Ap.

Ernakulam (India Inglesa), Diciembre de 1914.

NOTICIAS VARIAS

Puerto Rico

El Seminario de San Ildefonso.—Debido á la situación á que la Iglesia quedó reducida en esa Antilla al cambio de soberanía, después de la guerra hispano-americana, el Obispo Mons. Blenk se vió en la triste necesidad de cerrar el Seminario Conciliar.

El actual Obispo P. Guillermo A. Jones, O. S. A., en una circular dirigida al clero y fieles de su diócesis, pide el decidido apoyo de unos y otros para satisfacer sus ardientes deseos, que son los mismos expresados en varias ocasiones por Su Santidad Pío X y por el actual Pontífice Benedicto XV, de llegar á la organización y pronta apertura de un Seminario preparatorio, por el estilo de los llamados *Petits Séminaires*, á falta de recursos más cuantiosos para establecer un gran Seminario Conciliar.

La base de la nueva institución que Mons. Jones piensa inaugurar el corriente año, serán las doce becas de fundación, que durante los dieciséis años últimos se han ido cubriendo en jóvenes que recibían su educación en el Colegio de San Pablo, de los Hermanos Cristianos, ó en Colegios y Universidades norteamericanos. Estas becas serán concedidas exclusivamente á jóvenes portorriqueños de buenas familias, es decir, honradas, cuyos padres carezcan de los recursos necesarios para sostenerlos.

Teniendo por fin exclusivo el proyectado Seminario fomentar las vocaciones eclesiásticas, no se admitirá á ningun

no que no ofrezca garantías de vocación, ni podrán continuar en él sus estudios aquéllos que tengan otras aspiraciones, aun cuando su conducta y aplicación sean irreprochables.

Tánger

En la escuela dominical.—El 17 de Enero último, bajo la presidencia del ilustrísimo señor Obispo de Fessea, del Encargado de Negocios de España y del Cónsul, celebró la Junta de Señoritas una velada literario-musical, en la que tomaron parte desde la directora hasta la última instructora; dando con esto vivo ejemplo de abnegación.

El amplio salón se encontraba adornado con un escenario, un grande árbol de Reyes primorosamente engalanado y los premios á su lado, colocados con mucho arte y delicadeza, consistentes en buenos y lindos objetos. La concurrencia, tan numerosa, que la mayor parte de los espectadores tuvieron que permanecer en pie todo el tiempo.

A las tres en punto, como estaba anunciado, se dió principio á un juguete cómico-moral, en un acto y en verso, de D. José Álano Naranjo, titulado: «Se necesita criada,» siendo representado por señoritas.

A continuación cantaron el «Nana al Niño Dios,» acompañado al piano, siendo aplaudidas nuevamente.

Concluido el canto se hizo la repartición de premios, según el orden de aplicación y asistencia de las alumnas.

Misionero francés entre soldados y heridos, franceses y alemanes

Relación escrita por el R. P. CRYSTOSTOMO MONNIEZ, Asuncionista, Catedrático del Colegio de Misión y del Seminario eslavo de Andrinópolis (Turquía)

SÉANOS ante todo permitido dar las gracias á nuestro buen amigo y excelente colaborador de LAS MISIONES CATÓLICAS, el reverendo P. Monniez, porque desde el campo de batalla, campo también de Misión, en el que, con incansable celo y consoladores resultados, ha ejercido su apostolado, se acuerda de nuestra Revista y nos ha escrito la siguiente carta que interesará no poco á nuestros lectores.

Mi regreso á Francia. Encuentro del «Goeben» y del «Breslau»

Llamado á Francia por el decreto de movilización para incorporarme al primer regimiento de infantería, de guarnición en Cambrai (Norte), embarqué, en com-

pañía de crecido número de hermanos míos misioneros, en el «Saghalién,» vapor de la Compañía de «Messageries Maritimes.» En los Dardanelos el «Goeben» y el «Breslau» nos enviaron á bordo varios oficiales y marineros que desmontaron los aparatos de telegrafía sin hilos de que estaba dotado nuestro vapor, tomaron nota de todos los pasajeros y de su nacionalidad y amenazaron en hundir el buque si abandonaba la rada. Los turcos dejaban hacer: y los alemanes pudieron registrar impunemente un vapor francés y otro inglés anclado junto á nosotros. Esto ocurrió el 11 de Agosto, fecha en que Turquía aseguraba que era neutral.

Eramos en el vapor 57 Misioneros, de los cuales unos treinta sacerdotes: celebrábamos la Misa en altares portátiles, y el capitán nos cedió gustoso el salón de primera que puede decirse convertimos en capilla: en

ella comulgaban diariamente los Religiosos legos y varios seculares.

Los domingos la marinería levantaba un altar en el puente, lo adornaban con banderas francesas y extranjeras, excluidas, claro está, las alemanas y austriacas. La Misa era cantada, y todos los pasajeros (varios centenares de movilizados) uníanse en ferviente plegaria por su patria invadida, y escuchaban con cristiano recogimiento la instrucción que, basada en el Evangelio del día ó en las excelencias y méritos del Santo Sacrificio, les dirigía el celebrante que dentro poco sería su compañero de armas.

Pasados cinco días de inquietud, amenazados constantemente por los cañones del «Goeben» y del «Breslau» y seguramente gracias á las oraciones y sacrificios de los misioneros y de no pocos movilizados seculares excelentes católicos, las Autoridades turcas permitieron la salida del «Saghalien» al que por especial disposición del Gobierno acompañó un torpedero turco, pronto á responder á la agresión de los buques de guerra alemanes si éstos la hubiesen intentado.

Festividad de la Asunción. Primera Comunión á bordo

En el mar celebramos la fiesta de la Asunción de la Virgen, á la vista de Bozerto (el capitán evitó Mesina, pues aún no sabía qué actitud adoptaba Italia). Se erigió una vez más la bonita capilla de banderas, rezamos muchísimo por Francia: una niña se acercó por vez primera á la Sagrada Mesa. Fueron en gran número los pasajeros que comulgaron y no pocas las conversiones de marineros y movilizados. Yo confesé largo tiempo apoyado á uno de los palos del buque contemplando la inmensidad de las olas azules.

Reacción religiosa en Francia

En Marsella nos enteramos con gran alegría de que la vuelta á Dios, este espléndido despertar religioso que habíamos admirado en los franceses compañeros nuestros de viaje, era consolador fenómeno general á toda Francia. En el Santuario de «Notre Dame de la Garde», patrona de Marsella, al que fuimos en peregrinación, nos admiró el crecido número de fieles que comulgaban; y era un día laborable ordinario. En las oficinas militares, en la «gendarmería» se nos acogió con respeto y cortesía inesperados.

Tanta piedad y tanto respeto á los sacerdotes, me recordaban mi pueblo natal, al norte de Francia, donde á pesar de los cansados trabajos del campo aumentados por la escasez de brazos, todos los días, al anochecer, cuando la campana parroquial llamaba á los fieles al rezo del Rosario, acudían hombres y mujeres, llenaban la iglesia, rezaban reverentes y caían de rodillas para recibir la bendición que, con el Santísimo Sacramento, daba el párroco, bondadoso sacerdote á quien todos queríamos y respetábamos como á un padre.

Un capellán del popular santuario de la Patrona de Marsella, me dijo que aquella afluencia de fieles era diaria, y que la frecuencia de Sacramentos recordaba los mejores días de las más fructíferas Misiones.

El uniforme militar: enfermero

En el cuartel de Cambrai fuí acogido con gran amabilidad por el comandante, quien comprobó en el archivo que yo, acogiéndome á vieja ley dada para los franceses de Oriente, no había prestado el servicio militar. Me ofreció dar las órdenes oportunas para que fuese inscrito en el cuerpo sanitario.

Al día siguiente cambié mi hábito de Religioso por el uniforme de soldado. Oficiales y sub-oficiales, amables y deferentes, insistían para que de los uniformes que



R. P. CRYSTOSTOMO MONNIEZ,
de los Agustinos de la Asunción, misionero en Andrinópolis, soldado enfermero del primer regimiento de infantería.

quedaban se me dieran las mejores prendas, las menos viejas. Pocas horas después lucía el brazal de la Cruz Roja: me autorizaron para dormir en el Seminario y celebrar todas las mañanas el Santo Sacrificio antes de ir á la enfermería. Los primeros á quienes debí cuidar, ayudado de otros enfermeros y de estudiantes de medicina, fueron reservistas enfermos que formaban parte de la guarnición.

Cambio de guarnición

A los poquísimos días de ser soldado enfermero, se recibió la orden de evacuar la ciudad: aquel día por la mañana un estudiante de medicina que aún no se había confesado, asistió á mi Misa, y luego confesó y comulgó. Vimos con pena las fatigadas fuerzas que regresaban de la batalla de Charleroi: un aeroplano alemán voló por encima de la ciudad: oíamos á corta distancia la ronca voz de los cañones. La guarnición de Cambrai,

formada por soldados mal equipados, desprovistos de cañones y de municiones, no podía resistir. Los soldados protestaban: su anhelo era luchar en defensa de sus esposas y de sus hijos, la mayoría de los cuales vivían en la ciudad y en los alrededores. Estábamos á las órdenes del general Parcin: es muy dolorosa verdad que no nos habían hecho tomar disposición alguna para detener la invasión alemana, ni en Cambrai, ni en Lille, ni en todo el norte de Francia.

En Normandía.—Asisto á un moribundo

Mi regimiento estuvo unos días acantonado en Normandía: junto á la enfermería que habíamos establecido en un caserío de Bernay, un obrero tísico agonizaba. Mi cualidad de enfermero me facilitó visitarle y hablarle de los Santos Sacramentos. Le confesé: estaba en el pleno uso de sus facultades y le preparé á recibir el Viático y la Extremaunción. Su vida honrada y las oraciones de su hija, que me aseguraron es mujer muy piadosa, le alcanzarían la providencial coincidencia de que me tuviese á su lado para ayudarle á salir de este mundo en gracia de Dios.

Llegada á Tulle (Corréze)

Poco tardaron á enviarnos á Tulle (Corréze), al medio día de Francia. Durante el viaje pude celebrar el Santo Sacrificio aprovechando las largas paradas del tren, primero en pequeñas iglesias rurales, después en Mans, luego en Brive (Corréze) el día de la Natividad de Nuestra Señora. Durante mi primer viaje á la Normandía tuve la dicha de poder celebrar en Abbeville.

Fervor religioso entre los soldados

En Tulle fui hospedado con gran caridad por el Rector del Seminario. La enfermería y las oficinas de mi regimiento se establecieron en un pensionado vecino que tiene una pequeña capilla. En ella celebré la Misa cada día vistiendo uniforme militar. Un reservista, empleado en la Administración, me la ayudaba. Se acostumbró á comulgar diariamente: es campesino casado: antes era ya buen cristiano y fiel cumplidor de sus deberes; á pesar de lo cual hoy afirma que es otro hombre y que perseverará hasta el fin de sus días en su actual piedad, sea que el Señor le pida el sacrificio de la vida en la actual contienda, sea que le conceda la gra-

cia de poder regresar al seno de su familia á trabajar para su esposa y su hermano: á esto los prusianos le han quemado la casa. Un ayudante y un cabo no faltan ni un día á oírlo. Los domingos confieso á numerosos compañeros de armas. Después de la Misa dominical les dirijo la palabra, explicándoles las principales verdades de nuestra santa fe y los deberes del cristiano: mis oyentes, unos cincuenta oficiales y soldados, asisten con gran recogimiento. Todos sabemos que un comandante y numerosos oficiales son contrarios á nuestras creencias: pero ni éstos ni nadie se atreven á oponerse á que el soldado practique: y cada domingo aumentan los contingentes que cumplen con el precepto de oír Misa, y cada tarde son más los que se reúnen para rezar el rosario y las oraciones á la noche; en alta voz cantan á coro cánticos piadosos é himnos en latín, lo que admira y edifica en gran manera á los habitantes de esta comarca, en general bastante indiferentes.

Los soldados que, gracias á mis barbas, me reconocen con facilidad, y también los sub-oficiales y oficiales me distinguen con el saludo militar, á pesar de que no luzco galón alguno. Honran y respetan mi dignidad de sacerdote y misionero.

En todas partes oigo defender con entusiasmo los sacerdotes y la Religión, y condenar con los más severos reproches y más acres censuras los hombres que estos últimos años han gobernado la Francia: «¡Nos engañaron! En vez de atacar á la Iglesia y perseguir á los Religiosos ¡cuán preferible fuera que se hubiesen preocupado de la defensa de la patria!» Idea que se repite con todas las palabras posible y en todos los tonos: es queja dolorosa que brota espontánea del corazón. Pero lo que me sorprende, y sorprende á los demás sacerdotes y seminaristas soldados, es que este sentimiento sea tan universal, tan unánime: hecho es apenas creíble, y no me admira que á los extranjeros les cueste convenirse de su verdad. Vistas las graves faltas de que la Francia oficial se ha hecho culpable, era lógico pensar que el pueblo francés debía estar muy perdido, pues dejaba cometerlas impunemente: y sin embargo, estos soldados que rezan, se confiesan, comulgan: estos cuarteles en los que se abstienen de los desórdenes del tiempo de paz: estos testimonios de respeto á los Religiosos y á los eclesiásticos: estas tropas que piden medallas y las llevan ostensiblemente sobre el uniforme, demuestran que la fe no había muerto, que revive al beso de la prueba.

(Continuad).

Asesinato de un misionero en el Africa del Sud

DEL último número recibido de «Le Missioni Catolice», de Milán, traducimos: «Según noticias recientes del Swaziland (Africa del Sud), recibidas en la dirección general del Seminario de San Pedro Claver, el 15 de Octubre, en los alrededores de Bremersdrop, Swaziland, el R. P. Francisco Mayr, natural de Nussdorf, Tirol, fué asesinado por un cafre: el móvil del cri-

men fué el robo. El asesino fué detenido por los mismos negros y entregado á la policía: probablemente será ahorcado.

El pobre P. Mayr había vivido casi veinticuatro años en Africa, haciendo siempre bien á sus queridos negros. Su trágica muerte será sentida muy de corazón por todos los amigos de los misioneros. R. I. P.



ISLA FORMOSA (JAPÓN).—GUERREROS DE LA TRIBU PYUMA.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. José M.^o Alvarez, O. P., prefecto apostólico

TRISTEZAS

Jerusalén

DE la carta de un misionero lazarista francés, traducimos:

«Les supongo á Vds. enterados del decreto expulsando á todos los franceses, incluso los Religiosos, del Imperio turco. Jerusalén, á despecho de sus privilegios, ha sufrido la misma suerte. A los ocho días de haber Turquía declarado la guerra á los aliados, nuestros establecimientos fueron ocupados militarmente: muchos de ellos (citaré los de Santa Ana, de los Padres Blancos; San Pedro, de los Padres de Sión, y el convento de las Clarisas) fueron convertidos en cuarteles.

«Los Religiosos debían reunirse todos en el convento Franciscano de San Salvador, y las Religiosas en Casa-Nova. Desde este día nos consideramos prisioneros. Llevábamos ya un mes en estado de incertidumbre é intranquilidad, cuando nos comunicaron la orden de prepararnos para ir á Orfa, la antigua Edesse de los cruzados, 800 kilómetros al interior. La orden era de que hiciéramos el camino á pie. Intervino el Cónsul de España y, gracias á su energía, logró se nos autorizara para ir en carruajes, los que dicho señor, con gran amabilidad, nos facilitó hasta Silley, donde tomamos el ferrocarril que nos condujo á Damas. Allí esperamos cuatro días, al cabo de los que llegó una contraorden: debíamos salir para Beyruth. Nuestro Santísimo Padre el Papa había alcanzado esta gracia del Sultán.

«En Beyruth cruzamos toda la ciudad para dirigirnos á la prefectura de policía. No la olvidaré mientras viva

aquella procesión de 200 Religiosos, con su reducido equipaje á la mano ó á la espalda, desfilando silenciosos entre una multitud respetuosa y asombrada. Sólo nos faltaba cruz y bandera. En esta ciudad, inciertos aún de la suerte que nos esperaba, estuvimos cuatro días, hasta que el de la fiesta del protomártir San Esteban nos mandaron embarcar en un vapor italiano en dirección á Brindisi.

«Durante la travesía, como si el demonio aún no estuviese satisfecho de la ruina de nuestras obras, deshecho temporal jugó con nuestro buque dos días enteros. Sólo Dios sabe lo que durante ellos sufrimos los 350 Religiosos y Religiosas, de todas las Ordenes, que nos encontrábamos á bordo. A pesar de lo cual no se oyó una queja, ni un murmullo.

«En Roma tuvimos la dicha y el consuelo de ser recibidos en audiencia por Su Santidad Benedicto XV...

De una carta sin fecha que del R. P. Fr. Luis María Dorronsoro, O. F. M., publica la «Revista Franciscana,» de Vich, copiamos los siguientes párrafos, que confirman y amplían varios de los detalles contenidos en la carta anterior:

«Estamos completamente incomunicados con la Palestina: tanto el correo como el telégrafo han suspendido sus servicios, y de las líneas regulares de navegación, que en tiempos normales ascienden á seis, solamente circula la italiana cada quince días. Afortunadamente hace quince días ha pasado por este puerto, á bordo del «Bulgaria,» un Religioso procedente de Jeru-

salén, del cual hemos podido recibir algunas noticias ciertas. Según dicho Religioso, el Gobierno otomano ha respetado y sigue respetando hasta el presente con sorprendente deferencia todos los santuarios, conventos y residencias, como también los Religiosos pertenecientes á Tierra Santa, cobijados bajo su propia bandera internacional. En cambio, ha obligado á casi todas las Comunidades francesas á evacuar sus conventos, invocando necesidades de la guerra, ya para convertirlos en cuarteles, ya por considerarlos como puntos estratégicos. A consecuencia de esta medida, en la Gran Casa Nova franciscana de Jerusalén se han refugiado 200 Religiosas, y en el convento de San Salvador los Padres Benedictinos y los Blancos. El convento de los Padres Asuncionistas ha sido dividido en dos partes; la una se ha transformado en cuartel, y en la otra prosiguen los mismos Asuncionistas. Al salir la Comunidad de Clarisas del convento, los soldados turcos, que iban á entrar en él, las saludaron presentándoles las armas.

«De Siria huyen precipitadamente los Religiosos. El último vapor italiano que llegó de Beirut á Alejandría, trajo á bordo 230 Religiosos, siendo la mayoría de ellos Hermanos de la Doctrina Cristiana é Hijas de San Vicente de Paúl. En el vapor siguiente se esperan otros tantos. La famosa universidad de Beirut, dirigida por los Padres Jesuítas, ha sido cerrada. En medio de esa perturbación de cosas, las autoridades otomanas no dejan de dar algunas señales de que la civilización europea ó la influencia alemana influyen poderosamente en su criterio práctico de gobierno, porque, según afirman los mismos fugitivos, en Beirut y en las demás ciudades de Siria han hecho publicar bandos y colocar en los lugares públicos carteles en los cuales se amenaza con el fusilamiento inmediato á todo musulmán que moleste en lo más mínimo al elemento cristiano ó europeo.»

Palestina

De una carta del R. P. Atanasio Prun, salesiano, superior del Asilo de Jesús Adolescente para niños pobres, en Nazaret, traducimos los siguientes detalles de las tribulaciones que ha debido sufrir durante los últimos meses.

«Ya sabrán Vds. que á mediados de Agosto fué decretada en Siria la movilización general: pues bien, á primeros de Septiembre en el campo de concentración de Damas, había más de doscientos mil hombres. Pero fué el caso que pronto escasearon los víveres. Entonces dividieron estas fuerzas.

«Nazaret, el pequeño Nazaret, recibió seis mil hombres.

«Doscientos se presentaron á nuestro Asilo.

«—Usted es francés, me dijo el oficial que los capitaneaba; en consecuencia, esta casa y sus dependencias nos pertenecen.

«Fué necesario despedir á los pobres niños. Se marcharon llorando. Me quedé con siete que no tienen ni parientes ni amigos. Los seis Religiosos mis auxiliares, dichos siete niños y yo fuimos detenidos en un cuarto, con amenaza de muerte si salíamos.

«Desde los primeros días de su ocupación los turcos saquearon cuanto pudieron. En la capilla hicieron pedazos las cruces: en el Asilo los muebles, las puertas, y cuanto había de madera fué hecho astillas y sirvió para alimentar el fuego de sus cocinas: las cepas de nuestra viña y los árboles de nuestro jardín fueron arrancados y... al fuego.

«En fin, el primero de Diciembre, después de tres semanas de doloroso cautiverio, nos permitieron trasladarnos á Caiffa, donde embarcamos para Alejandría.

«Como á Religioso de D. Bosco, ¿hubiera logrado evitar parte de estos males izando la bandera italiana? Haciéndolo ¿no hubiera traicionado á Francia que nos ayudó á construir el Asilo y gracias á cuyas limosnas vivimos?

«Y ahora, ¿qué hacer? Para irnos á Francia no tenemos dinero. Además, creo que nuestro deber es alejarnos lo menos posible de Nazaret para volver á encargarnos de nuestros huérfanos tan luego lo permitan los acontecimientos...

China

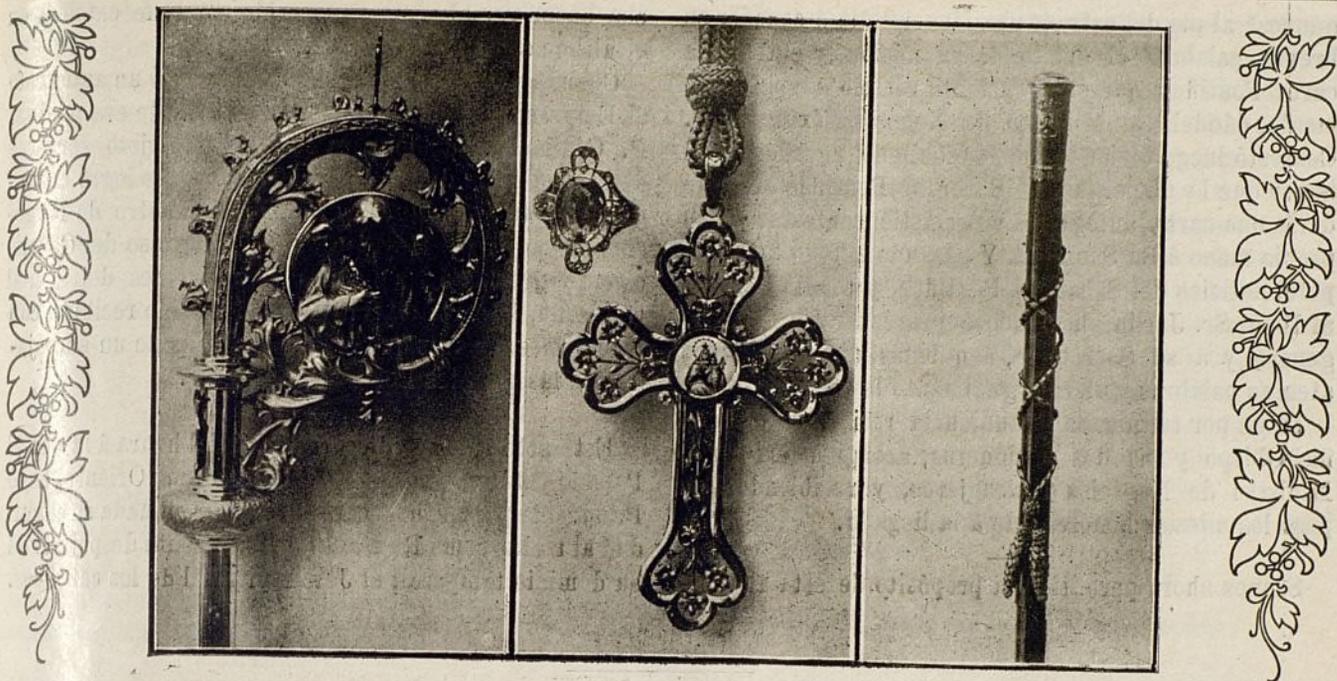
La Superiora de las Hijas de la Caridad de Changai escribe desde esta ciudad:

«Aquí todos los europeos han abandonado las Concesiones. En Pekín lo mismo: las legaciones están desiertas: todos los hombres han sido movilizados. Quedan solas mujeres y niños: si en los actuales momentos se sublevaran los chinos, no sé quién nos defendería.

«Las pobres Misiones del interior quedan poco menos que abandonadas. Los misioneros partieron y las cristiandades, que empezaban á ser florecientes, quedan á los cuidados de reducidísimo número de sacerdotes indígenas.

«Nuestras Hermanas multiplican sus excursiones á pueblos y caseríos: pero ellas no pueden hacer más que cuidar enfermos y bautizar moribundos. Salen en grupos de tres ó cuatro, acompañadas de una china cristiana: van provistas de un gran cesto que contiene medicamentos y una ó dos comidas. En barca se dirigen á las localidades que van á visitar (pues en los inmensos campos plantados de arroz no hay caminos, sino canales). Llegadas al pueblo escogido, se dividen: empiezan á visitar los barrios extremos. Paulatinamente van acercándose al punto de partida, y por la tarde se encuentran junto á la barca y regresan al anochecer. En general, les cabe la dicha de lograr abundante cosecha (de 100 á 150 bautizos) de niños moribundos ó tan gravemente enfermos que cabe suponer no vivirán. Estos son los consuelos de la vida de Misión.»





VALIOSOS REGALOS OFRECIDOS AL PRIMER OBISPO DE CAMAGÜEY (ISLA DE CUBA), ILMO. Y RDMO. P. FR. VALENTIN DE LA ASUNCIÓN, POR SUS HERMANOS DE HÁBITO DE LA INSIGNE ORDEN DE PADRES CARMELITAS DESCALZOS DE NAVARRA Y CATALUÑA.—Reproducción directa de fotografía

(Exquisito trabajo de orfebrería por el Sr. GINABREDA, de esta ciudad)

El Papa y el Presidente de la República china

Sin duda la lectura de la siguiente relación que recibimos de Roma, y nos apresuramos á publicar, alegrará á los fieles amigos de las Misiones, pues las grandes muestras de consideración con que el Gobierno chino acaba de honrar al representante del Papa, muestran con más elocuencia que luminosas consideraciones, la manera cómo la verdadera fe progresa en el antiguo Celeste Imperio.

Entrega solemne de un autógrafo de S. S. Benedicto XV á S. Exclia. Yuen-Che-Kai

A MEDIADOS del último Agosto y durante el corto espacio de tiempo que duró la vacancia de la Sede Pontificia, el Sacro Colegio dió al Ilmo. Sr. Jarlín, Lazarista y Vicario Apostólico de Pekín, la orden de transmitir al Presidente de la República China el comunicado oficial del fallecimiento de Su Santidad Pío X, y pocos días después la Secretaría de Estado del Vaticano remitió al dicho señor Obispo Lazarista, una carta autógrafa que Su Santidad Benedicto XV dirigía á S. E. Yuen Che-Kai, con objeto de notificarle su subida á la Silla de San Pedro; de todo lo cual el Ilmo. Sr. Jarlín informó debidamente al Gobierno chino.

Este consideró muchísimo el deferente acto del Soberano Pontífice y decidió recibir el mensaje Pontificio con el ceremonial reservado á la entrega de cartas credenciales de los ministros plenipotenciarios, por lo que al día siguiente el Ministro de Negocios Extranjeros comunicó al Sr. Obispo que el Presidente había elegido el 30 de Noviembre para la celebración de la audiencia

solemne, á la que el Ilmo. Sr. Jarlín quedaba invitado para cumplir su misión.

Conforme lo debidamente previsto, el lunes 30 de Noviembre, á las ocho y media de la mañana, el ilustrísimo Sr. Jarlín, acompañado de su Vicario general y de su Secretario, se apeaba ante la gran puerta del Palacio presidencial, en la que un pelotón de soldados les rindió honores, mientras la música militar hacía sentir sus acordes.

Ya en el interior del parque, el jefe militar de la casa, antiguo alumno de las escuelas militares francesas de Saint-Cyr y de Saumur, les invitó á entrar en una lancha, adornada con arte, que les condujo á través del admirable Nan-Hai (Lago del Sur) hasta, pasando junto el Palacio del Vicepresidente, la mansión presidencial.

Al bajar de la barca les esperaba el Maestro de Ceremonias, el pecho cubierto de condecoraciones, que saludándoles reverentemente, les condujo al salón de espera.

Un instante más tarde se les anunció que la audiencia iba á empezar.

Vistiendo capa violeta-púrpura y acompañado de dos misioneros, el Ilmo. Sr. Jarlín avanza por entre múltiples hileras de soldados que presentan armas y entra en la Gran Sala de Palacio, donde de pie y con traje oficial, le espera S. E. Yuen-Che-Kai, teniendo á su lado al Ministro de Negocios Extranjeros y rodeado de todo su cuarto militar.

Después de los saludos de rúbrica, el Prelado, lle-

gándose al pie del estrado presidencial, dió á conocer en breves palabras el objeto de su misión, y entregó la carta Pontificia que el Presidente recibió respetuosamente, dándola al Ministro de Negocios Extranjeros. Contestó luego diciendo que estaba muy agradecido al honor que le dispensaba el Soberano Pontífice al mandarle una carta autógrafa, y prometió contestar de su propia mano á Su Santidad. Y pasando al tono familiar, pidió noticias del Soberano Pontífice, y tendió la mano al Ilmo. Sr. Jarlín, haciéndose presentar á su Vicario general y á su Secretario, á quienes dirigió algunas atentas palabras y alargó igualmente la mano.

Dióse por terminada la audiencia retirándose el señor Obispo y sus dos misioneros, acompañados por el Ministro de Negocios Extranjeros, y recibiendo á su paso los mismos honores que á la llegada.

Séanos ahora permitido, á propósito de esta audien-

cia, hacer ver el camino recorrido por la fe católica en el último cuarto de siglo.

Cuando en 1885 S. S. León XIII envió un autógrafo al Emperador de la China, el encargado de esa misiva, P. Giulianelli, debió para cumplir su objeto servirse de la mediación de Sir Robert Hart, y sólo logró entregar la carta á *Tsoung-Ly Ya-men* (Ministro de Negocios extranjeros). Hoy, gracias al progreso del Catolicismo y gracias á las buenas disposiciones del actual Gobierno, la carta de Su Santidad ha sido recibida con los mismos honores que las credenciales de un embajador de las grandes Potencias europeas.

Este acto solemne de cortesía oficial honra á la vez al Papado y á la gran República del Extremo Oriente, cuyo Presidente pagano no ha creído rebajar en nada su dignidad al tratar como Rey, aunque al presente despojado de su dominio temporal, al Jefe espiritual de los católicos.

CRONICA MENSUAL

DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

POR EL RDO. P. MARCOS AJURIA, MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

La guerra y sus salpicaduras



UNQUE tan lejos del teatro principal de la guerra que destroza la humanidad, nos producen dolorosísima impresión las noticias que van llegando de esta horripilante tragedia mundial. Ardientemente deseamos que pronto llegue el fin de la espantosa catástrofe, por cuyo pronto y feliz desenlace se hacen públicas preces en todas las iglesias del Vicariato.

Las salpicaduras de la predicha guerra no han dejado de tocar á la Colonia de Guinea.

Sólo diré que los misioneros nos hemos visto en el dolorosísimo caso de adoptar una medida muy triste cual es el

Cierre de los Colegios

Subidos los precios de los artículos de primera necesidad para el mantenimiento de los colegiales interinos, no hemos podido menos de despedirlos á sus casas, con gran sentimiento nuestro.

¿Qué harán los pobrecitos en sus pueblos, en medio de infieles la mayor parte?

Quiera Dios remediarlo pronto.

Religiosos desterrados

La isla de Fernando Poo se ha mostrado sumamente hospitalaria para los alemanes que han sido echados de su Colonia por los aliados. Aquí han encontrado cari-

ñosa acogida enfermeras, practicantes, médicos, etcétera, que se han visto obligados á salir del lugar de su residencia.

De una manera especial hemos de hacer mención de misioneros y religiosas con quienes hemos tenido y tenemos la honra de vivir, compartiendo con ellos nuestros pobres alimentos y ofreciéndoles gustosos nuestra humilde morada, incomparablemente más cómoda que la durísima cárcel en que han tenido que estar más de un mes, con privación absoluta de lo más indispensable. Aparte de los que anteriormente embarcaron para Canarias en vapor español, tenemos actualmente unos 12 misioneros repatriados en las Misiones de Santa Isabel, Banapá y Basilé, ellos muy contentos por los agasajos que se les prodigan, hijos de la caridad cristiana, y nosotros muy satisfechos por poderles servir en algo. «¡Cuán buena es la Religión católica,» exclamó al pisar los umbrales de nuestra humilde Casa uno de los misioneros alemanes, que acababa de salir del destierro penosísimo á que por 30 días los sometieron ingleses y franceses, después de cogerles cuánto tenían en sus Misiones de Camerones! Hemos oído referir verdaderos horrores de la crueldad inaudita con que los trataron los invasores, despojándoles de sus casas, no permitiéndoles tomar nada, y sujetándoles á horrorosa prisión, en que apenas probaban alimento y éste consistente casi únicamente en agua, arroz, galleta, pescado salado, lo mismo que si se tratara de negros, y teniendo que vivir hacinados en estrechas habitaciones y dormir sobre duro suelo.

Hasta tanto llegó la crueldad, que habiendo uno de los sacerdotes el día de Todos los Santos, mostrado sus

vivísimos deseos de que se le permitiera oír misa en la próxima iglesia de Duala en que celebraba un capellán francés, y esto aunque fuera preciso rodeado de soldados, no se le permitió, siendo grandísimo su sentimiento y el de los demás cuando desde la cárcel oían las campanas que llamaba á la iglesia en que tantísimas veces habían celebrado, predicado y confesado. Más de un mes tuvieron que pasar sin celebrar y sin oír misa, hasta que por fin se les permitió venir á esta isla de Fernando Poo en que han hallado tan grata hospitalidad, de que siempre conservarán imborrable recuerdo.

La mayor pena

Tal vez la mayor pena que han tenido los pobres Religiosos desterrados en tan aciaga temporada, es la completa incomunicación en que les han tenido, dispersándolos por diferentes Colonias inglesas y francesas, sin que los unos sepan nada de los otros, con quienes tantos trabajos apostólicos habían compartido.

Hasta las Religiosas

También éstas han sido echadas del campo de sus trabajos.

Doce de ellas viven actualmente con las Religiosas españolas que residen aquí en Basilé.

El día que llegaron, al contemplar la nueva vivienda que tan caritativamente se les ofrecía, y sobre todo al ver las camas tan religiosamente preparadas para ellas por las buenas Religiosas de la Inmaculada Concepción, derramaban lágrimas de contento, que no podían reprimir. Realmente, esto era muy diferente del destierro que por espacio de un mes habían soportado en Camerones, teniendo por cama el duro suelo, comiendo arroz y pescado salado, rodeadas siempre de soldados que no las perdían un momento. ¡Pobrecitas!

La fiesta de la Inmaculada

Con la solemnidad de siempre se ha celebrado en nuestra Colonia. En la capital recorrió las principales calles nutrida y ordenada procesión presidida por las principales Autoridades de la Colonia, realzada por dos bandas de música y escoltada por las fuerzas de la Colonia.

En Basilé

Aquí revistió especial solemnidad, gracias á la fiel cooperación de las buenas Religiosas Concepcionistas, de cuyo entusiasmo, fervor y buen gusto, nada diré que no sepan bien los amables lectores.

Hubo Novena preparatoria con Comunión general diaria, sermón cotidiano, profusión de luces en el altar, abundancia de adornos, sobre todo naturales, variados cánticos, primeras Comuniones de niños y niñas, Misa solemne, devota y bellísima procesión, besamanos con repartición de medallas, etc.

En Elobey

Desde aquella bella y diminuta isla nos comunica el R. P. Doce las siguientes impresiones:

“El pequeño altar de nuestro templo apareció en ese día convertido en ameno vergel, gracias al celo y buen gusto de las incansables Religiosas Concepcionistas.

“La Comunión general, aunque concurrida, no llamó la atención por el aparato exterior con que suele estar revestida en otras partes; pero la sencillez en el vestido y la modestia angelical de seis niñas que por vez primera recibieron al buen Jesús en sus corazones y la asistencia de muchísimos cristianos que para testimoniar su amor á la Virgen, tuvieron que hacer tres y más horas de travesía, para poder confesar y comulgar, todo esto, digo, fué magnífico y hermoso.

“Hubo Misa cantada á tres voces, hermoso panegírico, y por la tarde se dió fin á la Novena con el besamanos en el que se repartieron medallas á los fieles.

“Precedió al día de la fiesta un Triduo de preparación, con plática diaria.”

Los fundamentos de un pueblo

Alguna otra vez hemos hablado á los lectores de LAS MISIONES, de los trabajos apostólicos llevados á cabo en Vaney por varios misioneros. Sin contar los antiguos, recientemente han regado con sus sudores aquella porción de la viña del Señor, los Rdos. Padres Gironés, Arconada, Sagarra, y últimamente el Padre Pereda, que es quien ahora continúa cultivándola y recogiendo los primeros frutos.

Preparando

Por el Colegio que los misioneros tenemos en Basilé han pasado en estos últimos años numerosos jóvenes que han recibido cristiana y española educación.

Al Colegio que en el mismo punto dirigen con admirable celo las Religiosas Concepcionistas, acudieron también no pocas jóvenes ávidas de instruirse en nuestra santa Religión y de imponerse en las labores propias de su sexo. Así es como se han preparado los cinco primeros matrimonios que son el verdadero fundamento del nuevo pueblo de Santiago de Vaney, y á éstos irán sucediendo otros y otros, á no tardar.

A reiteradas instancias de tantos cristianos y cristianas, no pude menos de acceder, poniéndome en marcha para Vaney, haciendo noche en Rebola.

Del acto realizado en Vaney, dejemos que hable el actual encargado de aquella reducción, Rdo. P. Bienvenido Pereda, que dice así:

Los primeros frutos

Después de tantas semillitas con tantos trabajos y sudores derramada por varios misioneros, ha llegado al fin el tiempo de recoger los primeros frutos, con los cinco primeros matrimonios celebrados el 28 del pasado Noviembre.

Las bodas

La publicación de la fecha de su celebración, corrió por los pueblos limítrofes, todos infieles, y por lo mismo desconocidas para ellos las ceremonias de nuestra

liturgia para tan importante acto. Por lo cual fueron muchos los que ya la víspera vinieron á nuestro incipiente pueblo de Vaney.

Por ser muy reducida la choza que actualmente hace de capilla, se levantó en la plaza contigua un altar adornado con ramas de palmera, ante el cual se apiñaron centenares de infieles y no pocos cristianos, ávidos de contemplar más de cerca á los esposos y de oír las exhortaciones del ministro del Señor.

Bendijo los matrimonios el Rdo. P. Marcos Ajuria, quien en su infatigable celo, tuvo en poco andarse una jornada de ocho horas por ásperos senderos, á trueque de contribuir al esplendor de la fiesta y, por decirlo así, fundación del pueblo de Vaney. Con muy plausible acuerdo, las Religiosas Concepcionistas de Basilé, permitieron á sus alumnas naturales de Vaney, que fueran á presenciar la fiesta, lo cual dió resultados felicísimos.

Santa emulación

Muchos infieles, deseando para sus hijos el casamiento de la Religión y no el pagano, permitieron á sus hijos é hijas ya marchar á los colegios para instruirse, ya recibir el santo Bautismo, el cual administramos á unas cien personas entre párvulos y adultos. Cristianos hubo que se presentaron con cinco y ocho ahijados pidiendo el Sacramento regenerador. Esta buena disposición de muchos infieles contrasta admirablemente con la que hace dos años tenían, cuando de ningún modo dejaban ir sus hijas al Colegio; y no decimos de todos, porque aún ahora hubo algunas mucha-

chas que tuvieron que marchar de la casa de sus padres á escondidas, y no ha mucho algunas jóvenes, deseosas del bautismo, fueron casadas contra su propia voluntad, al estilo salvaje. ¡Dios Nuestro Señor se digné disipar pronto las tinieblas en que aún viven y atraer á todos al arca salvadora de la Religión católica!

Las primeras Comuniones

No menos impulso ha recibido el pueblo de Santiago de Vaney con las primeras Comuniones celebradas en Basilé el día de la simpática fiesta de la Inmaculada Concepción.

Debidamente preparados unos veinte niños y dieciocho niñas, nos dirigimos á dicha Misión, teniendo, gracias á Dios, felicísimo y alegre viaje.

Al llegar á Basilé, por cierto algo cansados y rendidos, mis neófitos no sabían cómo expresar el gozo y satisfacción que sentían en sus sencillos corazones al contemplar nuestra hermosa iglesia, tan distinta de la de su pueblo y tan elegantemente adornada por las Religiosas Concepcionistas: y si cabe menos podían expresar su admiración al presenciar por la noche la fantástica iluminación del Colegio de las Rdas. Madres, en cuya fachada sobresalía la encantadora imagen de María Inmaculada, transparente y llena de hermosura.

En la Comunión general hubo fervorín, y los que por primera vez tenían la inefable dicha de hospedar en sus pechos á nuestro amantísimo Dios, se acercaron los primeros con religiosa compostura, ostentando los niños el escapulario del Corazón de María y el lazo tradicional, y las niñas, hermosos vestidos blancos con



AFRICA PINTORESCA.— FERNANDO POO: GRUPO DE NIÑOS Y NIÑAS DE VANEY que hicieron la primera Comunión en Basilé el día de la Inmaculada Concepción. (Están situados junto á una de las Capillas levantadas para la procesión.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F.)



AFRICA PINTORESCA. — FERNANDO POO: RELIGIOSAS ALEMANAS DE CAMERONES, REFUGIADAS EN BASILÉ CON MOTIVO DE LA GUERRA EN AQUELLA COLONIA. Fueron traídas á Fernando Poo por barcos ingleses, después de haber estado prisioneras en poder de los aliados. Son doce, y en medio de ellas está la Madre Superiora de las Religiosas Concepcionistas

Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F.

coronas de rosas, todo hábilmente dispuesto por las Religiosas, como obsequio á su Excelsa Titular y Patrona.

Sigue la fiesta

A las ocho se celebró la Misa cantada, oficiando el Rdo. P. Marcos Ajuria y predicando elocuente panegírico el Rdo. P. Pablo Cuyás.

A continuación de la Misa, se hizo la procesión solemne y muy concurrida.

Por la tarde, á continuación del Santo Rosario y canto de las Letanías, se hizo el ejercicio de la Novena, dirigiéndonos su cálida y emocionante palabra, el reverendo P. Marcos Ajuria, que había venido predicando durante todos los días de la Novena. Se terminó con el besamanos, repartiéndose por recuerdo de tan hermosos cultos la medalla de la Virgen.

De regreso

Pasada la fiesta de la Inmaculada, en Basilé, los niños de primera Comunión y demás cristianos que habían acudido, regresaron á su pueblo, llenos de gratas impresiones y animados á seguir la senda felizmente emprendida. Concédales Dios la santa perseverancia.

Varias noticias

La guerra.—Corren por aquí rumores de no estar muy lejos barcos de guerra alemanes, después de cinco meses en que no se ha visto ningún barco germano.

Parece ser que de la Colonia alemana de Camerones, sólo se han apoderado los aliados de la región próxima á la Costa, pues en el interior continúan los alemanes dueños de su Colonia.

Ilustre finado.—En Jaunde (Camerones), en donde los alemanes continúan seguros sin miedo á los aliados, acaba de fallecer el Ilmo. Sr. Vieter, Vicario Apostólico de Camerones, víctima de un colapso cardíaco. Tan pronto como aquí se supo tan triste acontecimiento, ocurrido el 7 de Noviembre, sus Hijos los misioneros alemanes, refugiados entre nosotros, celebraron solemnes funerales, así en Santa Isabel como en Banapá.

Sus datos biográficos.—Nació el P. Enrique Vieter de cristianos padres en Kappenberg en la Vestfalia, en Febrero de 1852. Hijo de labradores, se dedicó en su juventud al oficio de ebanista, en el que hizo verdaderas obras de arte, hasta que á los 25 años de edad, sintiéndose llamado á la vida apostólica, y no pudiendo en su patria fué á Roma, y después de visitar los Sepulcros de San Pedro y San Pablo, ingresó en la Congregación de los Padres Pallotinos, distinguiéndose pron-

to por su virtud y aplicación: concluída la carrera eclesiástica ordenóse de sacerdote á los 35 años de edad.

Desempeñó desde el primer día de su sacerdocio cargos importantes tanto en Roma como en América, hasta que fué llamado á presidir como primer Prefecto la Misión de Camerones, que la Santa Sede acababa de confiar á su Instituto, embarcándose en Hamburgo con tal destino en Octubre de 1890.

En Diciembre de 1904 fué elevado á la dignidad episcopal, siendo consagrado en Enero de 1905 en Limberg.

De vuelta de Europa emprendió si es posible con nuevo celo sus apostólicos trabajos, para lo cual celebró Sínodo el año siguiente, estableciendo sabias y provechosas disposiciones para la evangelización de sus ovejas.

Tenía al principiar la guerra 15 florecientes Misiones, exuberantes de vida en lo material y espiritual, 8 colegios de HH. Pallotinas para la educación de las niñas, unas 200 escuelas con más de 18.000 alumnos.

Y sin negar que han contribuído á estos progresos varios factores importantes, como la *libertad omnimoda* que goza la Misión, aunque el Gobierno oficialmente es protestante, y la protección decidida que el Gobierno alemán dispensa á todo lo que es civilización, instrucción, familia, progreso en todos los órdenes y las mismas ventajas materiales en que ha puesto la Colonia la administración teutónica: seríamos muy injustos si no contáramos con el talento organizador, y energía santamente amable, que fueron características del celo del Ilmo. P. Vieter.

La pena de ver en gran parte deshecha su obra, y dispersos sus misioneros, sin saber el paradero de muchos de ellos, ha acentuado los achaques que de tiempo atrás padecía y precipitádole la muerte.

Descanse en paz, y tenga parte en el coro de los apóstoles el bondadoso Prelado de Camerones.

Cacao.—Han sufrido gran contrariedad los agricultores y comerciantes, así como entre los receptores de Barcelona, por el proyecto del Ministro de Estado de ampliar los límites de los derechos reducidos del cacao. Hasta ahora, el cacao fernandino pagaba al entrar en la Península 0'50 ptas. por kilo hasta la cantidad de 2.750.000 kilos, y el resto pagaba 1'20 por kilo. Estiman los agricultores que ampliar á 4.000.000 ó á 3.350.000 kilos la cantidad privilegiada, sería la ruina de los mismos por la consiguiente baja de precio que se impondría á causa del exceso de cacao que entraría en la Metrópoli, lo cual si bien favorecería á las industrias chocolateras, no así á los que tienen intereses agrícolas creados en Fernando Poo. ¿Remedio para todo esto? Unión, mucha unión.

El vapor «I. de Panay.»—Entró el día 27, de modo que el turrón de Navidad llegó algo tarde. Este vapor llevará abundante cacao. Aunque todavía no puedo precisar, no dudo que llevará más de 2.200.000 kilos del fruto tan codiciado por los amantes del chocolate.

P. MARCOS AJURIA, C. M. F.

Basilé (Fernando Poo), 3 Enero de 1915.

CHINA.—LA PERSECUCION DE LOS BOXERS

Mártires de Se-Kia-Nai

OTRO de los lugares privilegiados con el riego de la sangre de los mártires cristianos de la sub-prefectura de U-t'ae, llámase Se-Kia-Nai. Hacía veinte años que venía propagándose por allí nuestra divina Religión, gracias al celo y actividad del venerable misionero P. Buena-ventura T'ien, sacerdote de subidos méritos y gratísimos recuerdos en el Vicariato del Shansi septentrional. Un carácter muy particular ofreció aquí la persecución contra el nombre cristiano, toda vez que los mismos parientes y consanguíneos de los cristianos se convirtieron en sus más crueles perseguidores y verdugos, resueltos á borrar de su lugar y contornos hasta el recuerdo de nuestra adorable Religión, no perdonando, por conseguirlo, á su propia sangre. Los boxers vinieron también ayudando como á porfía á los infieles de Se-Kia-Nai en su obra de exterminio. Precisamente la hermosa fiesta de la Asunción de María Santísima á los cielos escogieron los paganos para empezar la matanza de los adoradores de la Cruz, porque sabían, sin duda, que aquél era uno de los días más alegres del calendario eclesiástico. Veinte personas de toda edad y condición volaron á los cielos, el 15 de Agosto de

1900, á recibir de manos de María Santísima la palma que el Señor concede á los héroes de la fe.—La iglesia de Se-Kia-Nai, así como la residencia del Padre misionero y las casas todas de los cristianos fueron reducidas á cenizas; algunos cristianos pudieron huir y así evadir por el momento la muerte, pero luego, cuando en vista de que los boxers habían desaparecido, volvían á su pueblo, eran asesinados por sus propios parientes, de suerte que la matanza duró todavía por espacio de varios días, hasta el 25 de Agosto, en que ya apenas si quedaba cristiano alguno, habiendo sido aniquiladas familias enteras.

Que la colección de LAS MISIONES CATÓLICAS conserve como recuerdo el nombre siquiera de estos héroes de Jesucristo.

1.º Gregorio Tsen, hijo de padres paganos, labrador y de 35 años de edad; buen neófito, muerto en odio á la fe por sus parientes paganos.

2.º Isabel Tu, esposa del anterior, hija, como su esposo, de padres paganos, y muerta en su propia casa en odio á la fe por sus parientes paganos.

3.º Lucía He, anciana de 75 años de edad, hija también de padres paganos, ferviente neófito que reci-

bió la muerte de manos de sus consanguíneos con un valor y entereza muy singulares. Para contraste, su marido, cristiano de pocos años aún, prometió á los asesinos que renunciaría á la cristiana Religión y volvería á adorar los ídolos si le perdonaran la vida, pero ellos sospechando que no lo decía de corazón y si sólo por engañarlos y escapar á la muerte, le mataron también; así que puede contársele entre los mártires de Sekia-Nai.

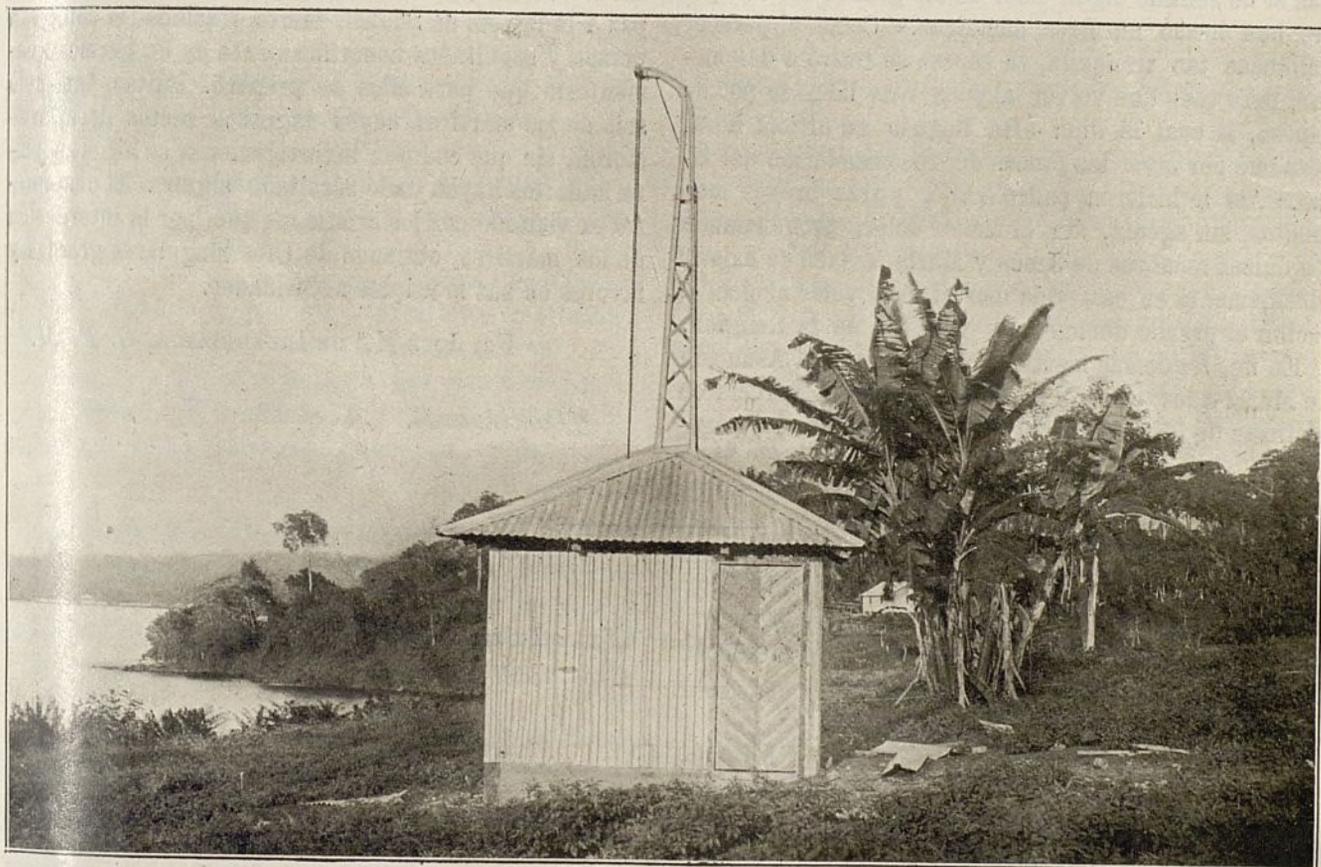
4.º Ana Ian era también neófita en la Religión, hija de padres infieles, de 58 años de edad, ofreciendo su vida en aras de la Verdad, con admirable resignación y santa entereza.

5.º Pablo Tsen, cristiano desde hacía pocos años y

ja alguna, y si algunas jaculatorias con las que se encomendaba á Dios en el último trance de su vida.

8.º También su esposa, Mónica Hia, de 63 años de edad, tuvo la dicha de morir con santa resignación en odio á la fe y á manos de sus parientes y de los boxers, que la hallaron tranquilamente en su casa rezando sus preces y encomendándose á Dios.

9.º Nicolás Tsen, era un buen cristiano de 45 años de edad. Ordinariamente tenía el encargo de guardar la iglesia del lugar, y precisamente el día de la matanza de los cristianos hallábase ausente de la Misión. Cuando en compañía de su hijo mayor volvía á su casa, se encontró con la iglesia que había sido quemada, dos de sus hijos asesinados por los boxers y á su esposa



AFRICA PINTORESCA. — FERNANDO POO: FARO DE SAN CARLOS.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F.

afluido á la Cofradía del Rosario, fué horriblemente martirizado por los boxers: tenía 65 años de edad.

6.º Catalina Sian, esposa del anterior, hija de paganos, devotísima neófita y como su esposo afiliada á la Cofradía del Santísimo Rosario. Dichosa familia ésta, pues toda ella, padres é hijos, murieron en aras de la Religión, subiendo al cielo á recibir la palma de los mártires y á gozar juntos de perdurable felicidad.

7.º Pablo Tsen-Koan, de 68 años de edad, excelente cristiano, por todos amado á causa de su carácter amable en extremo y pacífico, lo cual no impidió que habiéndose ocultado á las miradas de los boxers y conociendo el escondite sus propios parientes infieles, sin entrañas ni corazón y cual fieras salvajes, aplicaron una gran fogata á la entrada de la cueva, pereciendo asfixiado, sin que se le oyese proferir lamentos ni que-

agonizando entre crueles dolores: muerta su mujer y habiéndola dado sepultura, se trasladaba á otro lugar cuando, á los pocos kilómetros de camino, parecióle más conveniente permanecer en su propia Misión, resignándose á obedecer en todo y por todo los designios de la divina Providencia, y dispuesto á morir por la Religión si Dios así lo disponía, se volvió. Cerca ya de su casa, se encontró con los boxers y paganos enemigos del Cristianismo, los cuales le conocieron, arrojáronse sobre él y le preguntaron: «Tú eres cristiano y como tal debes morir al momento si no renuncias á tu Religión tan odiada por la Autoridad.—Antes morir mil veces que apostatar de mi Religión que es la única, santa y verdadera que puede hacer felices á los hombres con perdurable felicidad.» No pudiendo sufrir humillación tanta, los boxers le acribillaron con sus lanzas y tri-

dentes, y con sus espadas le acababan de matar mientras él, impertérrito, pronunciaba los dulcísimos nombres de Jesús y María. Su digna esposa, Agueda Liou, de 36 años de edad, hallábase en el atrio de la iglesia con dos de sus hijos, Elora de 7 años y un niño de corta edad, cuando llegaron los boxers vomitando groseras maldiciones contra los adoradores de la Cruz, primero dieron muerte á los pequeñuelos á la vista de su madre, á la cual hirieron en seguida con sus lanzas, en la cabeza, manos y pechos, dejándola por muerta. Como dejamos dicho, su esposo la encontró todavía con vida, y ella reconociéndolo le dijo: «Nada temas, y permanece, te ruego, firme en la fe, y por nada ni por nadie quieras apostatar de nuestra adorable Religión; apenas si he sentido algún dolor de las graves heridas que me han hecho nuestros enemigos.» Como al parecer hallábase tan tranquila, su esposo se retiró á descansar, pero tuvo que volver al poco rato llamado por su esposa, la cual le dijo: «Ha llegado mi última hora, rezadme por favor las preces de recomendación del alma.» Así lo hicieron padre é hijo, y tras breves momentos, sin agonía, sin el menor dolor, pronunciando los dulces nombres de Jesús y María, dejaba de existir plácidamente en esta vida mortal para volar al cielo á recibir el premio debido á los mártires de la Religión.

En fin, los demás mártires que el día de la Asunción de María á los cielos y los días siguientes perecieron víctimas de la persecución de los boxers ó de los paga-

nos del lugar, se llaman: Andrés Tsen, de 4 años de edad; Pedro Tsi, de 41; María Tchong, de 39; María Tchou, de 34; Francisco Tsen, niño de 8 años de edad; Ana Jan, de 39; Teresa Je, de 19, que á pesar de hallarse prometida en matrimonio y brindándole la fortuna un porvenir de magníficas esperanzas, supo resistir al desenfreno de sus enemigos con una animosidad y un valor que causara en ellos sentimientos de la más viva admiración; Agustín Tsen y sus hermanos Simón y José, de corta edad y mártires también como sus privilegiados padres Pedro Tsi y María Tchong ya citados; Marta Sin, de 26 años; Clara Tchou, de 27; Isabel Tchou y María Sun.

Los venerables cuerpos de todos estos benditos mártires fueron en un principio sepultados en la Misión de Se-Kia-Nai; pero al año siguiente, devuelta ya la paz á la iglesia de Shansi, fueron trasladados con gran pompa y sepultados honoríficamente en un hermoso cementerio que para ellos se preparó. Faltan tan sólo seis de los mártires cuyos sagrados restos desaparecieron, sin que cuantas investigaciones se hicieran para hallarlos hayan dado resultado alguno. El cementerio es visitado por los cristianos que, por la intercesión de los mártires, obtienen de Dios singulares gracias y favores en sus múltiples necesidades.

FR. JOSÉ M.^a DE IRUARRIZAGA, O. F. M.

(Continuará).

Estados Unidos

ESTADO ACTUAL DEL CATOLICISMO



La última edición del *Official Catholic Directory*, que publica la Casa Kennedy de New-York, acusa un aumento sobre el año anterior de 913,827 católicos en los Estados Unidos. Suman en conjunto los fieles norteamericanos 16.067,985. Si á este total añadimos los católicos de Alaska, de Guam, de las islas Hawai, de Puerto Rico, de las Filipinas y de la zona del canal de Panamá, alcanzamos la respetable cifra de 24.224,609 fieles. Estos cálculos, afirma el editor, distan mucho de ser exagerados: al contrario, los censores oficiales aceptan la existencia de una población católica flotante de dos á tres millones de almas, que escapan á todas las estadísticas y que, en consecuencia, no van incluídas en las listas parroquiales.

El *Official Catholic Directory* abunda en estadísticas interesantes. Como las cifras son por sí mismas elocuentísimas, dejemos que hablen las cifras. Los Estados Unidos cuentan 18,568 sacerdotes, de los cuales 4,864 son Religiosos: en el decurso de un año el aumento ha sido de 623. En 1913 se han abierto al culto

339 iglesias, las que sumadas á las existentes dan un total de 14,651 edificios sagrados. Los seminarios son en número de 82, con un total de 7,062 estudiantes. Los colegios para niños suman 230, los para niñas 680, y las escuelas parroquiales 5,403. Sólo estas últimas educan á 1.429,859 alumnos.

Veamos á continuación, y por orden de importancia numérica, la población católica de los 25 Estados:

New-York, 2.884,723; Pensylvania, 1.684,220; Illinois, 1.461,634; Massachusetts, 1.395,892; Ohio, 781,179; Luisiana, 585,000; Michigan, 582,500; Wisconsin, 578,195; N.-Jersey, 565,000; Missouri, 470,000; Minnesota, 461,950; Connecticut, 438,483; California, 410,000; Texas, 313,000; Iowa, 277,095; Rhode-Island, 270,000; Maryland, 261,000; Indiana, 239,238; Kentucky, 166,070; Nuevo-Méjico, 140,573; Kansas, 130,700; N.-Hampshire, 130,081; Maine, 124,400; Nebraska, 115,959; Colorado, 109,182.

Es, pues, el Estado de New-York el que ocupa el primer lugar por el número de fieles y por el de obras. No debemos, sin embargo, olvidar que la ciudad de

New-York encierra crecido número de alemanes, polacos, españoles, franceses y más de 500,000 italianos (lo cual ha hecho decir que New York es una de las más

populosas ciudades italianas del mundo: sigue inmediatamente en importancia á Nápoles y á Milán, y poco le falta para igualar á Roma).

UNA BRUJA DAHOMEYANA

El misionero bretón, R. P. Todossantos Jolif, de las Misiones Extranjeras de Lyon, que desde el año 1897 evangeliza el Dahomey, envía de Athiemé, Misión de la que es Superior, la siguiente conmovedora relación. Athieme, 50 kilómetros de Uidah, es una de las seis principales Misiones fundadas en el antiguo reino de Behanzin (1).



AMINO de la Misión encontré esta mañana una muy extraña mujer.

Vieja, extremadamente delgada, iba á coger hongos que las lluvias de estos días han hecho nacer en abundancia.

Pareciéndome asaz sospechosa tanta afición á estas criptógamas, la dije:

—¿No temes te envenenen?

—Pero, ¿y á ti qué te importa que viva ó que muera? me replicó con aspereza. ¿Ignoras que mi familia declaró que ya he comido bastante *accasas?* (2).

En el fondo de mi alma sentí profunda compasión por aquella anciana bruja (ó sacerdotisa de los ídolos, que eso era la tal). La conocí en los primeros tiempos de mi apostolado, en 1898. Entonces intenté convertirla.

La primera vez que la visité me sorprendió su amable acogida.

—¡Oh blanco! ¡qué alegría me da tu visita! jamás ningún blanco me había dispensado este honor.

La visité varias veces.

Con grandes precauciones un día ensayé hablarle de Religión: había apenas pronunciado el nombre de *Mahu* (Dios) cuando, cambiando instantáneamente, los ojos de aquella mujer brillaron amenazadores, su rostro se contrajo con satánica expresión.

—¡Mahu! aulló furiosa, ¿quién no le conoce? Sabemos que es grande y poderoso: ¿qué más necesita? Sabemos que es bueno, buenísimo: ¿qué mal puede hacer nos? ¿Por qué, pues, preocuparnos de El? Sería inútil y tonto. En cambio, nuestros fetiques son perversos; celosos, crueles. Les servimos para captarnos su amistad y evitar sus venganzas. Vosotros los blancos, los desconocéis á nuestros dioses, creados por Mahu sólo para nosotros, para los negros.

Como insistiera, atajó mis palabras bruscamente.

—No ignoro que vosotros, sacerdotes de Mahu, deseáis tributarle todo honor y arrancar cuantos podáis

(1) Behanzin, último rey de Dahomey, hijo de Gle-Gle, á quien sucedió en 1889. Distinguióse por su crueldad, fué vencido por Francia cuyo Gobierno lo desterró á la Martinica donde vivió hasta 1906, año en que, con autorización de los franceses, se trasladó á Blidah (Argelia), donde murió poco después.

(2) Pan de maíz.

del servicio de los fetiques. Pero á mí no me convertirás. ¡Escucha:

«Mi madre pasó largos años anhelando hijos. Cuando mi nacimiento colmó sus deseos, en cumplimiento de solemne promesa me entregó al fetique para que me consagrara al servicio de nuestros dioses. Llegada á la edad nubil me condujeron al «Vodukpané» (seminario fetique). Allí viví largos años con numerosas compañeras aprendiendo el lenguaje, las danzas, los ritos y los misterios de los fetiques; luego me consagraron sacerdotisa, y de entonces he cumplido mis deberes. No falté ni á una fiesta. Y tal como he vivido, moriré.»

¡Ah! mucho temo que se obstinará en su funesta resolución hasta su muerte, no lejana. Por su edad podría aún vivir varios años; pero las siniestras palabras que murmuraba al meter en una calabaza los hongos venenosos, no permiten esperar.

En el Dahomey la mayor desgracia para un viejo ó una vieja es no poder trabajar y convertirse en carga para su familia. No difieren mucho el hacerle comprender de manera clara que la ración de acasas que debía consumir en este mundo se ha acabado. Y luego discretamente, saben mucho de discreción mis negros, se le ayuda á dar el paso fatal.

Consumado el crimen, los parientes, avisados con gran misterio, se reúnen; cuentan las economías del difunto, visitan sus gallineros, examinan los cerdos que les legara, y acuerdan comprar pólvora y ginebra. Se amortaja el cadáver con sus ropas y con una estera: se avisa á los sepultureros y se mandan venir arcabuceros y músicos. Cuando todo está dispuesto, las mujeres de la parentela empiezan á mesarse los cabellos, como exige la costumbre, y á una señal del maestro de ceremonias, rompen el llanto, alborotan el pueblo con gritos y aullidos espantosos, los tamtams acompañan el barullo con lúgubres notas, y ensordecedores y continuos disparos de arma de fuego completan aquella algazara infernal.

Los vecinos se alarman, salen de sus casas, corren á la del muerto y preguntan quién es. A vecinos y amigos no tardan á sumarse curiosos. Se procede al entierro.

Pero... llorar siempre es muy aburrido: los chistosos, que ni en el Dahomey faltan, ensayan algunos, los



mejores de su repertorio: los oradores ensalzan á grito pelado las virtudes del difunto y cantan sus glorias.

La familia, complaciente con los buenos amigos que tan cordialmente participan de su dolor, resuelve obsequiarles. Se sacrifican pollos y cerdos y cabras; se lim-

¡Cuánto me apena no haber logrado arrancar de las garras de Satanás el alma de esta desgraciada!

Gracias á Dios no nos faltan consuelos. Ciframos grandes esperanzas en los internos de nues-



CHINA.—OBRA DE LAS RELIGIOSAS DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE CANTÓN: GRUPO DE CATECÚMENAS
Reproducción directa de fotografía enviada por el Ilmo. Mérel

pian, se preparan y luego se cuecen en grandes marmitas. Las mujeres preparan *vacume* (pasta de harina de maíz). La ginebra y el vino de palma corren en abundancia para ahogar la tristeza. Y esto, que aunque no lo parezca son los funerales, dura á veces hasta tres semanas.

Tal es la suerte reservada á nuestra bruja, y casi me atrevo á asegurar que antes de que leáis estas líneas, mis temores se habrán realizado: no creo que viva más de una semana.

tro colegio. Cada uno nos cuesta alimentarlo y vestirlo, unas 60 pesetas anuales. Confiamos que serán celosos catequistas. Les enseñamos el lenguaje, los ritos y los misterios de la verdadera fe, para que la propaguen entre sus hermanos. Con cierta frecuencia se repite el caso de que jefes de pueblos vecinos nos visitan y dicen: «¿Por qué no vienes á mi pueblo? Te daríamos nuestros hijos para que los instruyeras.»

¡Ah, somos pocos! Ayudadnos con vuestras limosnas á multiplicar el número de nuestros auxiliares. ¿Quién se resolverá á ser el padrino y protector de á lo menos uno de nuestros futuros catequistas?





RECUERDOS DE MI MISIÓN

Diversas profesiones de fe entre los armenios, y sus respectivos privilegios civiles en el imperio otomano

(Continuación)



GRIEGOS: El cuarto grupo de creyentes en la Armenia lo forman los griegos, cuyo número en la parte otomana, según V. Cuinet (1), es de 780,000; según el Mayor R. Huber, citado por Steen, es de 900,000, y según M. E. Reinhardt, citado por el mismo autor (2), asciende á un número bastante superior á los dos indicados. Lleva esta Comunidad el sobrenombre de *Ortodoxa*, debido al nombre de que legítimamente gozó hasta mitad del siglo VIII, mientras se mantuvo en su mayoría unida á la Iglesia de Roma, á la vez que parte de sus miembros se separaban de esta unidad abrazando ora las doctrinas de Nestorio, ora las de Eutiques.

El verdadero cisma de los *griegos*, como bien sabrá el lector, se produjo siendo Patriarca de Constantinopla Focio, el año 861-867; y la herejía consistía en una falsa creencia relativamente á la procesión del Espíritu Santo. Hoy puede ya asegurarse que la cuestión de *Filioque* no tiene en el fondo otra base que la de una errada inteligencia de los términos, y que si los griegos son herejes, lo son simplemente porque rechazan la autoridad suprema del Papa, sucesor de San Pedro; pues, en síntesis, han conservado la misma fe y los mismos sacramentos que la Iglesia latina (3).

La *Comunidad griega* se compone de quince iglesias independientes, entre ellas cuatro son patriarcados: el de Alejandría, el de Antioquía, el de Jerusalén y el de Constantinopla. Existe, sin embargo, una autoridad suprema, á la cual todas las iglesias independientes están teóricamente subordinadas, y que mantiene también teóricamente la unidad de la grande Iglesia: son los Concilios ecuménicos. Pero debemos advertir que los teólogos ortodoxos no admiten como ecuménicos más que los siete primeros Concilios ecuménicos de la Iglesia. Las provincias armenias del imperio otomano se hallan casi en su totalidad bajo la jurisdicción del Patriarca de Antioquía, que es el más antiguo de todos los patriarcas. Desde el 1269 dicho Patriarca reside en Damasco. Las saluciones litúrgicas lo proclaman: «Patriarca de Antioquía, la gran ciudad de Dios, de la Siria, de la Arabia, de la Cilicia, de la Isauria, de la Mesopotamia y de toda el Asia Menor.» Bajo su mando tiene dieciséis diócesis, de las cuales siete son metropoliticas (4).

En cuanto á jurisdicción civil, la Comunidad griega fué la primera de las cristianas que obtuvo privilegios de la Sublime Puerta. Poco tiempo después de la toma de Constantinopla, dice Pitzipios (5), Mahomet II, que-

riendo reunir y concentrar los numerosos cristianos de su nuevo imperio, ordenó al clero y pueblo griego de Constantinopla eligiesen de entre ellos un jefe ó patriarca, á cuya consagración él mismo asistió en persona, y después de haberle mandado cubrir en su presencia con un rico manto, le ordenó de *gobernar* la Iglesia de Constantinopla según las costumbres que hubiese tenido en tiempo de los Emperadores cristianos, y le *confirió el poder de una jurisdicción ilimitada* (?) sobre todos los correligionarios sujetos á la Sublime Puerta, dándole el título de *Milet-bachi* (jefe de nación ó comunidad). El Patriarca se llamaba Gennadios Scolarius. Un decreto imperial del mismo sultán confirmaba pocos días después, en la persona de este Gennadios y de sus sucesores, todos los privilegios que él le había concedido el día de su instalación; ordenó que la Religión cristiana fuese libremente practicada en toda la extensión de sus Estados; que las iglesias estuviesen bajo la protección del Gobierno; que el clero gozase de ciertas prerrogativas especiales... que ninguna autoridad tuviese el derecho de intervenir en la jurisdicción del Patriarca y de sus delegados, en todo lo que se refiere á sus correligionarios súbditos de la Sublime Puerta.

Este *berat* otorgado por Mahomet II al Patriarca griego Gennadios es el punto de partida de todos los privilegios que los Soberanos otomanos han concedido, en épocas diferentes, á las comunidades no musulmanas del Imperio. Desgraciadamente el original de este documento no se encuentra, y se supone haber desaparecido en un incendio (1). Confirmados á continuación por los *berats* dirigidos á cada uno de los nuevos Patriarcas, los privilegios de la comunidad griega fueron de nuevo garantizados, de una manera explícita y solemne, por el Sultán Abdul-Megid á principios de Junio de 1853 (2) y por la sanción que la Sublime Puerta dió á un reglamento orgánico que le fué presentado por la misma Comunidad. Y como quiera que esta Comunidad fué la primera de las comunidades cristianas en ser reconocida por el soberano otomano, también sus privilegios fueron siempre más extendidos que los de las otras. Por otra parte, al Patriarca griego y no á otro, comenzaron por estar sometidos civilmente todos los cristianos del imperio, confundidos en la apelación general de *Rumi* (3). Sin embargo, los Armenios se separaron bien presto del *Rum mil'leti* (comunidad griega), pues ya en el 1461 obtenían de Constantinopla su respectivo firmán de nacionalidad distinta, y á partir de esta data, hasta que se produjeron nuevas emancipaciones, al Patriarca armenio á su vez estuvieron sometidos civilmente todos los cristianos no ortodoxos (4).

(1) *Turquía d'Asie*.

(2) Pág. 121.

(3) P. Meistermann, «Guía de Tierra Santa.»

(4) Dr. Karl Beth, pág. 54.

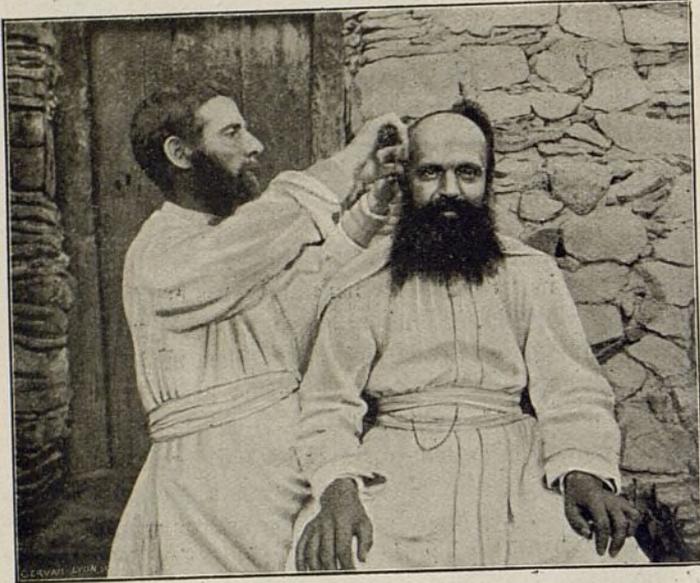
(5) «La Iglesia Oriental,» pág. 74.

(1) Steen de Jehay, pág. 90.

(2) Testa, tom. V, pág. 148.

(3) Ubicini, pág. 186.

(4) Steen de Jehay, pág. 92.



ABISINIA. — PELUQUERÍA DE OCASIÓN. — Reproducción directa de fotografía enviada por M. Baeteman

Después, otras Comunidades y otros Patriarcas, entre éstos los griegos de Antioquía y de Jerusalén, fueron sucesivamente obteniendo del Sultán el *berat* de investidura y casi los mismos privilegios de que goza la Comunidad griega de Constantinopla (1).

Qué extensión tuviesen estos privilegios de que gozaban los jefes de las comunidades no musulmanas y especialmente el Patriarca griego ortodoxo, nos la expone el R. P. Petit (2) en un excelente artículo. «Las inmunidades, dice, concedidas por el Sultán á los cristianos vencidos después de la conquista, constituían en cierta manera una situación anormal, un casi Estado en el Estado, al cual modo de ser difícilmente se aventurían los Gobiernos europeos en sus propias casas, celosos de su propia independencia y de su propio prestigio, pero que mantendrían con gusto en Turquía... El honor, la fortuna, la libertad individual, la libertad de conciencia de los cristianos de rito oriental, dependían del jefe de la Iglesia de Constantinopla; éste condenaba sus súbditos al destierro, á la prisión; él recolectaba los impuestos, destituía los obispos, usaba y abusaba de las armas espirituales, impedía los programas de los estudios en las escuelas, sin que el Gobierno interviniese de modo alguno en el ejercicio de atribuciones que en más de un punto tocaban no obstante á la vida civil y política. Es más, el Gobierno estaba obligado á prestarle apoyo armado para asegurar la ejecución de sus voluntades.»

Estos son los privilegios que precedieron á las reformas provocadas por las Potencias europeas á principios del siglo pasado, y que redundaron en provecho del Gobierno otomano, como dice muy bien el mismo autor (3), y ellos los que precedieron á la codificación del estatuto orgánico moderno, elaborado por los mismos griegos á petición de la Puerta y aprobado oficialmente por ésta, que encierra todos los reglamentos de la comunidad griega actualmente en vigor, sea el concerniente á la elección del Patriarca, como los relativos

- (1) Miltiade Caravokiros, pág. 41.
- (2) *Revue de l'Orient chrétien*, tom. III, pág. 393.
- (3) *Ibid.*

á la elección de los obispos y de los metropolitanos, á la constitución y á las atribuciones del Santo-Sínodo y del Consejo mixto, á los abonos reservados al Patriarca, á los obispos y á los metropolitanos, á las rentas del Patriarcado y á la administración de los conventos. Estos diversos reglamentos con las prerrogativas y las inmunidades enumeradas en el *berat* patriarcal, constituyen los estatutos de la Comunidad griega ortodoxa, y llevan el título de: «Reglamentos generales eclesiásticos y nacionales de los cristianos ortodoxos, sujetos á la jurisdicción del Patriarcado ecuménico y súbditos de la Majestad Imperial, el Sultán» (1).

Protestantes: El quinto grupo de creyentes en la Armenia lo forman los *Protestantes*, cuya Comunidad, según M. R. Huber (2), consta de unos 102,188 miembros en las provincias de la Turquía Asiática, cifra que me parece muy exagerada si he de juzgar por lo mucho que personalmente conozco de aquellos países, pero que por otra parte no me asombra después de haber leído las apreciaciones de Verney y Dambmann (3) sobre este punto; elevando el número de Protestantes, el año 1896, en dichas regiones, al quince por ciento de la población cristiana. Se ve que esta estadística fué hecha sobre todos los infelices indígenas que, aquel año de persecución y de muerte, se acercaron á los propagandistas de la Sociedad Bíblica pidiendo un pedazo de pan ó una cuarta de tela con que socorrer las necesidades propias y de sus hijos; ó sobre todos los que cayeron bajo la máquina fotográfica mientras, agrupados en grandes masas ante las puertas de las farmacias, de los hospitales, de las iglesias y de otros centros de beneficencia esperaban, aquel mismo infausto año y apenas comenzó á dar tregua la tormenta, que la caridad pública curase sus heridas y enfermedades y prestase algún auxilio á sus males. Bien puede suponerse todo esto del misionero mercenario, cuyo sueldo crece á proporción de su propaganda. Muy difícil sería determinar, de una manera aún aproximativa, el número de protestantes de nacionalidad otomana.

Los *Protestantes otomanos*, lo mismo que los de los demás países, están divididos en diversas congregaciones independientes las unas de las otras y con diferentes denominaciones, como los Presbiterianos, los Baptistas, los Episcopalianos, los Metodistas, etc. Fuera del punto negativo que las une á todas y en el cual todas están conformes, es decir, de negar la representación divina del Papa, en todo lo demás sus creencias son tan variadas y tan opuestas las unas á las otras, como opuestos y variados son sus nombres. Sin embargo, ya desde el 1832, es decir, apenas once años después de haber aparecido la primera misión protestante-americana en Turquía de Asia, según Verney y Dambmann (4), supieron agruparse en manera de formar una comunidad, constituyendo hoy á los ojos del Gobierno otomano una sola nación ó *Protestangemaati*, que comprende nacionales de todos los orígenes y de todas las lenguas, griegos, búlgaros, armenios, etc.

(Continuará). P. MANUEL TRIGO, O. F. M.

- (1) El mismo autor, *ibid.*
- (2) «Cartas estadísticas de los Cultos cristianos.»
- (3) «Las Potencias extranjeras en el Levante.»
- (4) Obra citada.



INDOSTÁN.—KHONDÉS DE DIGHY DISPUESTOS Y ARMADOS PARA LA CAZA DEL BISONTE. — Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Rossillon

BIBLIOGRAFÍA

Instructions d'un Quart d'Heure, fruit de quarante années de ministère, par M. l'abbé J. Pailler. 13^e mille, 1 vol. in 8.^o de 556 pages. Prix: 4 fr. 50.—P. Tequi, editor. París.

Sermones de quince minutos, sermón ideal para muchos que no pecarán seguramente de exceso de piedad; y á la par sermón que puede ser tan fructífero como el más largo.

Que no el mucho hablar es siempre hermano del enseñar mucho y bien. No es cosa fácil ser breve sin detrimento de la clara, completa y práctica exposición de lo que se enseña.

El autor ha trabajado cuarenta años en dar á sus instrucciones este carácter de brevedad suma de un cuarto de hora, sin detrimento de la plenitud de la doctrina y de la claridad de la exposición. Creemos no equivocarnos al afirmar que ha resuelto el problema y vencido la dificultad en cuanto cabe, y que estas instrucciones serán muy útiles á los sacerdotes que, por el carácter especial de su auditorio, se encuentren en la triste necesidad de medir la duración de sus instrucciones.

Cien contiene la obra que recomendamos: uno para cada domingo del año, dos para cada domingo de Adviento, tres para cada semana de Cuaresma, y treinta para diferentes festividades y circunstancias particulares.

Las pláticas son sencillas, nobles, sacerdotales. Su estilo es claro, sobrio, correcto. La doctrina sólida. Creemos, pues, que cuantos adquieran la obra del Rdo. Sr. Pailler, aplaudirán el trabajo de este elocuente orador.

Catechisme de la vie religieuse, par Mgr. Lelong, évêque de Nevers.—Un tomito de 200 páginas. Precio, 1 franco.—P. Tequi, editor, París.—Libro pequeño, pero excelente para ser adoptado como manual práctico en todos los noviciados, donde será sabio consejero, capaz de hacer mucho bien.

Questions theologiques et canoniques, par le Rme. P. D. Paul Renaudin, abbé de Saint-Maurice de Clervaux.—Un tomo de más de 200 págs.—P. Tequi, editor, París.—Este volumen, primero de una serie, contiene: El dogma de la Eucaristía en la Edad Media: la herejía de Berenger. Estudio de la formación ascética de Santo Tomás de Aquino. Acción de la vida religiosa en la Iglesia. El nombramiento para beneficios eclesiásticos y el indulto en el Parlamento de París. Son breves estudios, completas monografías, cuya lectura interesará á los estudiantes de Teología y á los laicos que gusten de conocer en sus importantes detalles las cuestiones religiosas.



YAMANAMI O Suwa era hija de un aldeano de esta comarca. Muy amable y de una inteligencia precoz, había crecido en medio del cariño de los suyos. Se la veía conduciendo al monte á sus buenas amigas las vacas, ó bien manejar gravemente la aguja al lado de su madre. En un momento sabía poner en orden la alegre casita: la ciencia de hacer *sekis mochis* (pasteles) no tenía secretos para ella, y Hassa-Sau (la señora Matin), su madre, estaba orgullosa de esta rareza japonesa. Llegó un día en que Yamanami O Suwa tuvo que seguir al esposo que su padre le había destinado desde la cuna, y nuestras montañas de graciosas curvas, cuyo nombre llevaba (Yamanami O Suwa, significa desigualdad en una montaña), no volvieron á oír los alegres cantos de la zagala.

¿Cuál fué su vida en la gran ciudad donde residía su dueño y señor? No nos dijo de ella gran cosa: creo que gozaba de bastante buena posición, y la joven señora *vague* podía disfrutar de una holgura que hasta entonces desconocía. Mas, Ouda era hombre muy duro. Un día que al servir el té pasaba y repasaba Suwa sus diminutas manos y anchas mangas entre los frágiles utensilios de porcelana, la interpeló bruscamente con estas palabras:—«No sabía que erais pintora. ¿Qué son esas manchas de vuestras manos? ¿Sabéis manejar el pincel?»

La pequeña japonesa se estremeció en todo su ser y nada respondió.

—«Está bien, repuso su marido con expresión de disgusto. ¡Sabed que no puedo tener en mi casa á una mujer leprosa!» O Suwa se sometió. Con el dolor consiguiente dejó su casita, tan coquetona en su sencillez, atravesó el jardín de caprichosos paseos, dejó sus queridos crisantemos y tomó el camino de su pueblo. ¡Leprosa á los 23 años! ¡Cómo recibirían los suyos á la pequeña O Suwa, á quien en otro tiempo cuidaban con tanta ternura! En el Japón se perdonan las faltas, pero no se transige con la lepra.

—«Ouda me ha mandado á pasar una temporada entre nuestras montañas,» dijo á sus padres, quienes no sospechando la menor cosa, la recibieron.

Al cabo de algunos días su padre, anciano raro y gruñón, le dijo señalando las bocamangas, por donde asomaban las puntas de los dedos:—«Suwa, ¿por qué pretendes ocultar tus manos á las miradas de todos? Enséñamelas.»

Yamanami, temblorosa, obedeció... Manchas ya muy

pronunciadas se veían sobre la piel con demasiada claridad.

El viejo, contrariado, tuvo un momento de cólera.

—«Estas manos, dijo, no servirán pronto para nada. ¡Marcha sin tardar! ¡Conviértete en mendiga, si quieres, pero no vuelvas más! El arroz cuesta muy caro y no lo tenemos para mantener á una leprosa. En los caminos, por el contrario, los transeúntes tendrán compasión de ti.»

A pesar de esto, la madre intervino, cosa muy rara entre los japoneses. «¡Oh! dijo, Suwa puede cuidar todavía á los animales y transportar algunas cargas: la cuidaremos mientras sea capaz de hacer algo.»

De esta manera ganó durante algunos años su taza de arroz. Cariño no recibía de parte de los suyos, pues en el Japón es un leproso el oprobio de la familia; mas ya no se moriría de hambre.

Suwa parecía una hermosa alma. La habíamos seguido siempre; mas ¡ay! sólo desde lejos, pues su familia era hostil á nuestra santa Religión. No obstante, cuando su madre cayó enferma nos pareció tener una hermosa ocasión para penetrar en la casa. El viejo Cisaks estaba ausente. Hassa-Sau nos recibió con la inveterada amabilidad japonesa, de fino trato y que también sabe ocultar las mayores contrariedades. La hablamos de Dios, y con aire indiferente cambió de conversación. Al día siguiente volvimos, y poco á poco *madame Matin* nos abrió su corazón y nos contó sus penas. Varios nietos suyos cojeaban; uno de ellos era idiota, y su hija, sobre todo la amable Suwa, que en otro tiempo era su orgullo, ahora estaba leprosa.—«Los dioses nos han maldecido,» decía llorando.

—«No lo creas, dijimos. El Dios que te ha creado, el solo que existe y á quien te quisiéramos hacer conocer, te ama con toda la ternura de un padre, y si permite que sufras en este mundo, Hassa-Sau, es para concederte en el otro la felicidad eterna.»

Habiendo sido creados para la dicha, la más remota idea de felicidad futura es un bálsamo hasta para aquellos que no poseen en su corazón la esperanza cristiana. Esta vez *madame Matin* nos dejó hablar; escuchó el compendio de las verdades católicas, el relato de la vida de Jesús y su muerte por nosotros sobre la Cruz. Las instrucciones continuaron tan bien, que la pobre vieja, que desde el principio no se inquietó al ver que le hablaban de tantas novedades, concluyó por amar mucho á nuestra santa Religión. A menudo decía:—«Desearía que Suwa os oyese, pues aunque no se queja, debe sufrir mucho y temo que la desesperación se

apodere de ella.» La leprosa jamás se acercaba á nosotras; y si la saludábamos desde lejos, nos contestaba cortésmente, pero huyendo.

Madame Matin sintió pronto la muerte cercana; pidió el Bautismo y se durmió en el Señor, consolada y pensando que nos volvería á ver en la eternidad «donde jamás, decía, os dejaré.»

Nuestras visitas al pueblo fueron menos frecuentes. O Suwa desapareció, pues, bastante tiempo, si no de la memoria, por lo menos de nuestra vista.

Algunos meses después, visitando nuestras Hermanas, en medio de los bosques, las cabañas donde se refugian los leprosos, vieron entre esos desgraciados á O Suwa, pero tan desfigurada por las horribles cicatrices de la lepra, que apenas se la podía conocer. Como á los demás, le hablaron de Dios al curarla sus llagas horrosas. O Suwa las miraba tristemente, y al fin dijo:— «Yo vivía dichosa, como los pájaros del cielo, entre nuestras montañas; más tarde seguí á Ouda, que me llevó á Yatsushiro; allí tuve vestidos de fina seda y de ligero crespón, amigas muy amables, una casa muy bonita que era mi encanto: todo me fué quitado; los míos me abandonaron; mis carnes caíanse á pedazos. ¿Por qué? ¿He cometido alguna falta?» Hicimos cuanto pudimos para consolar á esta alma desesperada, y la dijimos que se acercase al pueblo, donde podríamos cuidarla continuamente.

Varios meses pasaron sin que volviésemos á encontrarla en los montes.

Un domingo, al volver de misa, vimos sobre la escalera de nuestro dispensario el encogido cuerpo de una leprosa. ¿Cómo había podido arrastrarse hasta allí, con sus pies dislocados y roídos?

Su rostro inflamado no tenía ya nada de humano. Nos apresuramos á auxiliar á esta desgraciada.— «Soy Suwa, nos dijo, bautizadme, que voy á morir.»

Ninguna la había reconocido. Lágrimas de compasión acudieron á nuestros ojos: pero, sobreponiéndonos á la emoción la metimos en casa, la lavamos y curamos sus numerosas llagas, lo que no costó poco trabajo, y después de cambiar sus vestidos y de haber tomado el reconstituyente que la ofrecimos, Suwa, un poco repuesta, dijo lo siguiente:

— «No he comido desde hace tres días; ya no podía más. Me han afirmado que habéis cuidado hasta el último suspiro á un anciano enfermo, y vengo á pedirlos el mismo favor.»

¡Ay! ¿cómo acceder á su petición? En nuestra pequeña casita apenas hay sitio para admitir á ninguno más de los que la habitan. Sentimos un dolor tan grande cuando tenemos que rechazar á los pobres, que á pesar de nuestra estrechez hicimos sitio para el buen viejo Kasama. Este no era leproso, y además su enfermedad le había de llevar pronto. Para aceptar á O Suwa habríamos tenido que despachar á los niños, y ya sus padres jamás les hubiesen permitido franquear el dintel de nuestra puerta. ¡Qué pena, no tener un pequeño hospital para recoger al menos las mayores miserias!

La joven leprosa no estaba en inminente peligro de muerte. Deseábamos, pues, instruirla con tiempo, á fin de que aprovechase completamente la gracia de su bautismo. Por otra parte, estábamos convencidas de que

los suyos, viéndola al fin de sus días, no la negarían un rincón en su casa, y así, la animamos á volver, asegurándole que todos los días iríamos á verla y á llevarla de comer. Le di una gran taza de arroz y marchó consolada.

Al día siguiente fuimos á la morada de Citaka, como habíamos convenido. Una criada nos dijo que el viejo japonés había despachado á su hija, aprovechándose de esta ocasión para sacar de casa á su nieto, leproso también como O Suwa. En medio de su infortunio, nuestra protegida había encontrado un amigo. Necesitábamos dar con el albergue de uno y otro leproso. Algunos dijeron haberlos visto acostados junto al camino, pero nuestras pesquisas fueron vanas aquel día. Al siguiente, exploramos los bosques, los templos y los miyas (templos shintoístas) de los alrededores... y ¡nada! Por fin el cielo escuchó nuestra plegaria, y una mañana envió Suwa á su sobrinito para llevarla medicinas, y á decirnos que había establecido su residencia en una roca, en la falda de una montaña situada á dos leguas de aquí.

Eran las dos de la tarde; el calor empezaba á ser sofocante; ¡qué importa! Dos de nuestras abnegadas catequistas marchan al momento con el niño, quien al cabo de dos horas de marcha les dijo, extendiendo el brazo: «¡Allí está!» Las catequistas sondeaban con la vista las montañas, queriendo descubrir una pequeña tienda como las que á menudo tienen los leprosos. «¿No veis, al lado de esta roca, á mi tía que está acurrucada? les dijo el guía: ella bien pronto les ha visto.»

En efecto, O Suwa venía al encuentro de las queridas visitantes cristianas, arrastrándose sobre los codos. Sus piernas, rendidas por el camino andado para llegar á este lugar, estaban inflamadas y no la permitían salir á mendigar. No se movía más que para preparar el alimento recogido por el pequeño leproso, y ni esto siquiera podía hacerlo siempre. Pero, ¡qué cocina y qué cocinera!... La primera consistía en un fogón formado por tres piedras sobre las cuales había una cacerola rota y agujereada.

En cuanto á la cocinera, por negarse las piernas á prestarla ningún servicio, se arrastraba al lado del fuego. ¿Y las manos? La una carecía de dedos. Podridos, se habían ido cayendo; sólo del pulgar le quedaba todavía un pedazo... La otra tenía dos ó tres dedos encogidos á manera de ganchos, que para nada le servían: la palma de la mano era la que trabajaba. Si quería tomar algo, tenía que juntar los dos puños para coger el objeto deseado. Para comer, recibía en la palma de las manos, quemadas y peladas, lo que se le daba, y lo llevaba así á su boca. Si se detenía un momento, el arroz caía al suelo sin que se diera cuenta, pues los leprosos pierden en sus miembros casi toda la sensibilidad. Por eso se hacen enormes heridas sin sentirlo.

Después de haber curado y reconfortado á Suwa, las dos buenas catequistas, Satomura ó Satsu y Tanaka ó Nito, le hablaron de Dios y la dejaron, aunque con gran pena. Las visitas se renovaron con frecuencia, á pesar de lo lejos que estaba y de las cuatro horas de ida y vuelta bajo un sol abrasador. Suwa, cada día estaba más edificante y más deseosa del cielo, pero también

cada vez deseaba más vernos. Un día que parecía imposible toda salida, Dios, sin duda, nos inspiró para que fuésemos á verla, sin dejarlo para el día siguiente, y marchamos á las dos de la tarde para consolar á nuestra pobre enferma. El camino nos pareció largo: tal era la ansiedad de llegar, á fin de rodear de cuidados y de alentar á la pobre niña. Al acercarnos á su retiro vimos desde lejos agitarse un brazo:—«¡Ah! dije á mi compañera, nos ha visto y se prepara á recibirnos.» Mas, ¡no! Ciertamente los ángeles nos hicieron ir á ella, pues no podía venir hacia nosotras. Había conservado toda su lucidez, pero se agitaba ya entre las angustias de la muerte.—«¡Oh Madres! dijo nuestra pobre leprosa, mirándonos fijamente con sus hermosos ojos medio velados: desde anoche no puedo menear más que este brazo. El niño ha marchado á mendigar. Creo que no volverá, y que ahora mendigará para él. Unos vecinos, llenos de compasión, me han traído ese arroz que está ahí; pero, ¿qué haré de él? He pasado la noche en una angustia terrible; el temor de morir sin ver á nadie, sin recibir el Bautismo, me destrozaba el corazón. Verdaderamente, *Tenshu-Sama* os ha traído á mi lado: iba á morir sin volver á veros.»

¡Qué impresión nos hicieron estas palabras! Nos colocamos muy cerca de ella, á pesar del olor pestífero que exhalaba de su descompuesto cuerpo, y nos pusimos á curarle por última vez, tanto como era posible, sus horrorosas llagas. Sobre un pobre jergón en esta inmensa soledad, parecía O Suwa un crucificado. Expusimosla entonces la gran cuestión, pues el tiempo urgía, ya que dentro de algunos instantes O Suwa se encontraría delante de Dios, y por última vez explicamos las grandes verdades de nuestra santa Religión.

Por ser tan sutil el alma japonesa, hay que obrar con gran delicadeza, pues aun frente á la muerte sería perjudicial apresurar demasiado las cosas. Después de escucharnos atentamente, dijo con serenidad:—«¡Sí, creo en un solo Dios verdadero que premia á los buenos y castiga á los malos; creo todo lo que enseña la Religión católica, porque es verdad; ahora estoy segura de ello; bautizadme!»

Esperé este momento para darle á conocer la conversión de su madre.

«¿Mi madre, cristiana? exclama en un transporte de alegría. ¡Oh, cuán dichosa soy! ¡La amaba tanto! Volveré á verla en el cielo.»

Hizo entonces generosamente el sacrificio de su vida, cosa que hasta entonces le había sido imposible, pues costaría trabajo creer el apego que el leproso tiene al mundo, y eso que sólo puede arrastrar su miserable existencia. Es que la vida tiene siempre horror á la muerte hasta que la consoladora esperanza cristiana trueca en mensajera de dicha á la temida visitante.

«¡Bautizadme ahora, dijo la leprosa de la montaña!» Un manantial había al alcance de la mano. Parecía una escena de los tiempos antiguos. La áspera gruta podía representar las Catacumbas, donde esta niña moría martirizada por la lepra; la bóveda celeste, de color azul zafiro, el reino deseado, y testigos, los ángeles.

Cogí, pues, agua pura del manantial de los bosques, y bauticé á Yamanami O Suwa con el nombre de Isa-

bel, en memoria de Santa Isabel de Hungría, la gran protectora de todos los desgraciados.

Después de su bautismo pidió Isabel que la diésemos de beber. Luego, con gran serenidad, como si no quisiera ver ya nada de la tierra, dijo: «Ahora de nada necesito aquí abajo.»

Así concluyó la hija de Cisaka y de Hass-Sau. Muerta, parecía una paloma que en el hueco de una roca hubiera plegado el ala para dormir. He visto morir á muchos leprosos y enfermos, pero ninguno me ha conmovido tanto como esta pequeña japonesa, tan amable y dichosa en otros tiempos y que había marchado de este mundo aceptándolo todo generosamente: sufrimientos, abandono y soledad, con heroísmo de ferviente cristiana.

Por eso ahora que Isabel Yamanami O Suwa ya no existe, esperamos que su alma transfigurada por la luz divina, goce en el cielo de la dicha eterna que nadie le podrá quitar.

¿Cuándo podremos como nuestras Hermanas de Biwasaki, cuidar en casa á los pobres leprosos? No tenemos ningún recurso. Aquí los católicos todavía no son numerosos, y aunque nos aman, su pobreza no les permite ayudarnos mucho. Visitar á los queridos leprosos en sus *yadoyas*, es ya algo; tener una leprosería en Hitoyoshi, sería nuestro ideal. Pongo mi deseo en manos de la Divina Providencia. Si pasara San Francisco por este Japón tan pintoresco, admiraría la naturaleza, pero buscaría las leproserías para abrazar los desperdicios del mundo, al leproso muy amado, «su hermano cristiano,» pero mucho más «al pagano,» el leproso por convertir...

UNA MISIONERA JAPONESA.

(De los Anales de las Franciscanas Misioneras de María).




LIMOSNAS

 PARA COADYUVAR A LA
 SANTA OBRA DE LA
 PROPAGACIÓN DE LA FE

PRIMER TRIMESTRE

Ptas. Cts.

Suma anterior: 181 50

Para las Misiones más necesitadas

Mazarrón.—Rdo. D. Ginés Morales, Pbro. 50

Zaragoza.—D. José Suárez López..... 2

Total: 233 50

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1915